11508

Un libro viejo

12

ARITMÉTICA GENE

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 47—2 reales

(Contiene las entregas 58 á 61)

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE DON MARTÍN, 13

TELÉFONO NÚMERO 3.197

Al distinguido y concienzudo crítico

D. Salvador Canals.

Su afmo amo.

El autor

UN LIBRO VIEJO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UN LIBRO VIEJO

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

DON JOSÉ FELIU Y CODINA

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO DE LA COMEDIA
la noche del 17 de Octubre de 1891

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EULALIA	Srta. D.ª Carmen Cobeña.
ÁNGELES	Sra. D.ª Sofía Alverá.
CARMEN	» » Rafaela García.
FELISA	Srta. D.ª María Cancio.
ANDREA	» » Adela Molina.
DON EUGENIO	Sr. D. Antonio Vico.
DON GERMÁN	» » Emilio Thuiller.
EL MARQUÉS	» » José Montenegro.
MISTER BEEDERS (1)	» » Juan Balaguer.
MUÑOZ	» » Federico Tamayo.
DON LAMBERTO	» » Francisco Urquijo.
JUAN LÓPEZ	» » Javier Mendiguchía.
VALENTÍN	» » Alberto Morales.

Acción contemporánea, en Madrid

Derecha é izquierda, las del actor

(1) Pronúnciese *Bidars*.

ACTO PRIMERO

Salón biblioteca, artístico y lujoso, en casa de don Eugenio.—A lo largo de las paredes una estantería corrida, de nogal, con diferentes altos, toda ocupada por libros y legajos que acusen la debida clasificación por medio de tarjetones ó etiquetas.—A la izquierda del fondo, puerta con mampara vestida de baqueta ó paño rojo, y guarnecida de clavos de acero. Esta puerta, que es ancha, da paso á un saloncillo también lleno de libros.—A la derecha del fondo, una ventana que da al jardín.—A la izquierda, tercer término, puerta que conduce al interior de la casa.—En primer término del mismo lado, chimenea.—Delante de ella se forma un estrado que señala una alfombra sobrepuesta á la que cubre el suelo de todo el salón, y agrupados convenientemente varios sillones y sillas de lujo.—A la derecha una gran mesa escritorio cargada de libros, papeles y pergaminos. Un sillón á cada lado de la mesa. Sobre la misma un pupitre doble, que cae á ambos lados. —En el centro de la estantería una vitrina llena de libros viejos y raros.--Una mesita velador en el centro de la escena.—Bronces, cerámica, cuadros y otros objetos de arte antíguo adornan los huecos del salón y del saloncillo. Este tiene una lámpara pendiente del techo.—Sillas y taburetes de despacho. colgaduras.

Ha anochecido.—Sobre la mesa escritorio arde un velón de gran tamaño y con pantalla.—En la chimenea dos candelabros.—En el velador una lámpara.—En el saloncillo la lámpara colgante.

611666

ESCENA PRIMERA

DON EUGENIO, GERMAN y EULALIA.—El primero, sentado junto á la mesa escritorio en el sillón de más al centro, con pergaminos y libros abiertos delante de sí; dicta á Germán, que escribe sentado al otro lado. Eulalia borda en un pequeño bastidor, junto á la chimenea

EUG. (Dictando.) «Esa que hemos descrito, fué la vieja y principal ciudad de la sierra andaluza, manida y fortaleza de árabes, rival de Granada y por Granada finalmente vencida.»

GER. Vencida.

EUG. (Después de pararse á reflexionar.) Vamos á ver... (Coge el papel donde escribe Germán, y lo lée atentamente.) Sí, señor. Déjelo usted así. (Vuelve á colocar el papel delante de Germán.) Esa es la verdad, la historia, el Evangelio.

GER. Según los árabes.

EUG. Y según la conciencia de este cristiano viejo. (Dicta.) «Sus moradores la abandonaron, atraídos por la belleza y comodidad de Granada, el año...» (Cesa de dictar.) ¡Ea! la indecisión de siempre. Pero, hombre, ¡qué no haya podido sacar en limpio la dichosa fecha!... Creí que en el Escorial la descubriría; he revuelto aquella biblioteca, y ¡nada! regreso tan ignorante como me marché. Para eso he tenido á mi pobre mujer allí conmigo, fastidiándose más de mes y medio.

GER. Dos meses.

EUL. Y algunos días.

EUG. En fin, ahí lo dejamos.

GER. ¿Quiere usted que yo registre?...

EUG. No; lo haré yo con calma, con muchísima calma. (Se levanta.) Usted, ocúpese, mientras, en otra cosa.

GER. Usted me dirá.

EUG. Coja las cuartillas del capítulo de los poetas.

GER. (Desatando un fajo de cuartillas.) Aquí están.

EUG. Bueno. ¿Y la poesía que nos faltaba traducir?

GER. (Sacando un papel del pupitre.) Véala usted. Con ella he entretenido el tiempo de la ausencia de ustedes.

EUG. (Leyendo el papel.) Perfectamente; es una versión fiel y primorosa. ¡Cuando digo que usted ha nacido más para trovador que para anticuario!...

GER. ¿Quiére usted poner la equivalencia española debajo del texto árabe?

EUG. Ya sabe usted.

GER. Entonces, ¿se servirá usted dictarme?

EUG. ¡Qué! ¡Si yo voy á alcanzar libros y legajos, á ver si pesco esa fecha! Pero ahí está mi mujer. (Llegándose á Eulalia.) Eulalia, hija mía...

EUL. ¿Se solicita mi colaboración?

EUG. Ya ves... ¡Esos capítulos me corren tanta prisa!... Quedé en leérselos esta noche á nuestros amigos. Dispensa.

EUL. (Levantándose.) Voy allá.

EUG. ¡Qué condescendiente eres, y qué buena! Con este secretario, digno de haberlo sido del Rey Sabio, y contigo, que nos socorres en los apuros, ¡cómo no há de salir mi obra una maravilla!

GER. Gracias, por el secretario del Rey Sabio.

EUG. (Conduciendo á Eulalia, hacia la mesa escritorio.) Te interesará. Es un hermoso canto del poeta Assid, vertido al castellano por este otro poeta. (Da el papel á Eulalia, que se sienta en el sillón que ha dejado él.)

EUL. ¿Y tú te vas?

EUG. ¡Oh, hija mía! Yo atiendo á cosa de mayor empeño. (Dirígese á la estantería del fondo.)

GER. (A Eulalia.) ¿Dicta usted?

EUL. (Dictando.) «Yo heredé la sangre de los Usras.» (Germán escribe; don Eugenio entre tanto busca y alcanza libros de los anaqueles, prosiguiendo para sí, el monólogo que empieza.)

EUG. A ver si pongo yo en claro...

EUL. (Dictando á Germán.) «Aquellos del Desierto.»

EUG. Veremos si en mi obra ha de haber cosa que no la deje yo claveteada.

EUL. (Lo mismo.) «La tríbu de los que morían amando.»

EUG. ¡Punto más dificultoso y más oscuro!... (Pasando al saloncillo, de cuyos estantes sigue cogiendo libros. Desaparece un instante, suponiéndose que continúa buscando en los estantes de más adentro; síguesele oyendo, que murmura su monólogo.) ¡Mire usted!... ¡Una fecha! Pero lo que es ahora... yo le revelo á la ciencia ese secreto. ¡Vaya si se lo revelo!

EUL. (Al desaparecer don Eugenio.) Germán, es necesario que hablemos.

GER. ¿Cuándo?

EUL. Hoy mismo. No te vayas.

GER. ¿Ocurre algo?...

EUL. Estoy aterrada. Silencio.

GER. Pero, ¿qué sucede?

EUL. ¡Calla! (Germán vuelve á escribir.)

EUG. (Apareciendo cargado de volúmenes.) Vengan acá moros y cristianos á desvanecer la tenebrosa duda. (Deja los libros sobre un taburete contiguo á la mesa escritorio.)

ESCENA II

DICHOS, ANDREA, por la izquierda

AND. La señora de Alpedrete.

EUL. (Levantándose y soltando el papel.) ¡Ay!... ¿Ha venido Angeles?

EUG. Eso es; anda y detenla por allá dentro. No venga aquí á estorbar, como de costumbre. (Eulalia se va por la izquierda seguida de Andrea.)

GER. Yo iré copiando. (Recogiendo el papel que ha soltado Eulalia.)

EUG. Despacio, ¿eh?... Muy despacio. Que eso no es fantasear, amigo poeta.

GER. No olvido que estamos haciendo historia. (Sigue escribiendo; don Eugenio se sienta á la derecha y empieza á consultar los tomos que ha traído.)

EUG. Veamos estos doctores. (Breve pausa.)

ESCENA III

DON EUGENIO, GERMAN, ANGELES y EULALIA

ANG. Bueno, hija... ¡pero si vengo helada! Ya me callaré. Buenas noches.

EUG. (Ya sabía yo que de esta no nos librábamos.) Muy buenas. (Sin levantar los ojos del libro é incorporándose ligeramente.)

GER. A los pies de usted. (También sin levantar los ojos.)

ANG. ¿Conque ya han vuelto ustedes de su Escorial?

EUL. (Moderando la voz.) Sí; esta mañana. Siéntate aquí. (Toman asiento á la izquierda.)

ANG. No, si me voy, me voy. No subo más que por un momento. Pero déjame entrar en calor; estoy arrecida. ¡Como no tienes lumbre en tu gabinete!..

EUG. ¡Chist!.. (Sin levantar la cabeza.)

EUL. Mujer, baja la voz.

ANG. ¡Ay, cuidado que... ni en misa! Pues vengo para decirte que no salgas esta noche.

EUL. No salía.

ANG. Acordamos con la marquesa y con Felisa reunirnos aquí, porque hay que resolver eso del abono...

EUG. ¡Chist!..

ANG. ¡Jesús! ¿Todavía más bajo? ¿Cuál es en esta casa el diapasón normal?

EUL. ¿No ves que están trabajando?

ANG. Don Eugenio: usted me perdone la expresión, pero no he visto gentuza más inhospitalaria que ustedes los sabios.

EUG. ¿Inhospitalaria? No dirá usted eso por mí. (Cierra el libro de golpe y se levanta.) Vamos... aunque sólo sea para dejarla á usted mal: ya puede usted hablar y cantar y llenarme el estudio de pajaritas.

ANG. Sobre que es acto de caridad sacarles á ustedes de ese *in pace* de mamotretos en el que viven emparedados.

EUG. Cada beato tiene su devoción.

ANG. Pase en ustedes, los viejos; pero, vamos... ¿no es un dolor ver á un pollo como Germán, un muchacho en la flor de su vida, y que ya le hayan ustedes metido á sabio?

GER. ¡Oh! Yo no soy sabio, señora, desgraciadamente. (Levantándose.)

ANG. A lo menos lo premedita usted. Lástima, hijo, porque es usted muy guapo...

GER. Señora...

ANG. No; si eso no va á ser duradero. Pronto se le pondrá á usted un busto como el de una moneda de Vespasiano.

GER. ¡Qué horror! Yo me adobaré con *veloutine* y y agua divina.

EUG. No le haga usted caso.

ANG. ¡Si es lo que sucede! Todos acaban por parecerse á los ochavos viejos. Así que una constantemente se imagina vivir en medio de un monetario suelto.

EUG. Vamos, que viene usted hoy empecatada.

EUL. Siempre. En cogiendo esta la hebra por ahí...

ANG. No sea usted sabio, joven inocente. Mire usted que se lo dice una sabia; porque yo soy sabia, sí, señor, para mal de mis pecados. Aquí, donde usted me ve, yo estoy enterada de lo que son monedas... consulares y monedas... ibéricas... en fin, toda esa metralla que no corre.

EUG. Cuyo valor no sabe usted apreciar.

ANG. Calle usted, cristiano. ¡Si las encuentran ustedes enterradas! ¡Conque... cuando las enterraban los antiguos!.. A ver si enterramos nosotros los duros... ni los perros chicos!...

EUL. ¡Qué Angeles esta!

GER. ¡Hablar así la esposa del doctor Alpedrete, un numismático é historiador tan ilustre!..

EUG. ¡Tan admirado de todo el mundo!

ANG. Menos de mí, que estoy con él en una guerra continua. Pero ¡anda! que por más que le sermoneo, no renuncia á esas excursiones que le traen hecho un azacán toda la vida.

¡Valiente sabio, que no sabe estarse quieto!

GER. ¿Y qué es ahora de él? ¿Ya ha regresado?

ANG. Regresó de Simancas; pero marchose enseguida al Escorial.

EUL. Sí, allí le vimos.

ANG. Y regresó del Escorial; pero al instante volvió á tomar carrera, y, por el presente, le tenemos en el archivo de Alcalá, trasegando protocolos. No sé qué caramillo anda ahora buscándole al secretario de Felipe II. Ya ve usted qué cuidado le dará al otro.

EUL. Bueno, y ¿á qué venías?

ANG. Tienes razón. Si estamos todas con la cabeza á las once, como ustedes. Pues vendrán esta noche Carmen y Felisa.

EUG. Aguardo á sus maridos.

ANG. Ustedes tratarán de sus antiguallas. El asunto nuestro es de historia contemporánea: á ver si nos quedamos con ese palco que dejan los de Martínez.

EUG. Ya suponía yo que no las juntaba usted para ninguna novena.

GER. Parece que las señoras de los sabios no se aburren todo lo que usted dice.

EUG. ¡Claro! ¿Para qué preside ella la comisión de festejos?

ANG. ¡Lástima fuera! ¿Habíamos de morirnos confinadas entre cacharros y libros viejos? Nosotras en casa, y ustedes de picos pardos por los archivos y bibliotecas. (Levantándose.) Pero, bastante he interrumpido.

EUG. Gracias que se lo avisa el corazón.

ANG. He de llegarme á casa de los de Nanclares. Ya saben ustedes lo que pasa allí. Voy á ver si contengo á aquel marido desbordado.

EUG. No hay que entrometerse en estas cosas.

ANG. ¡Si lo quiere todo! Divorcio, querella criminal... el escándalo completo... Aún quiso Dios que pudiéramos desconcertar el duelo.

EUG. Muy mal hecho.

ANG. ¡Jesús, doctor!

EUG. Esos oficios de ustedes y esas com[illegible] son las que nos echan á perder la [illegible] Donde hubo culpa, ha de haber [illegible]

[illegible]ne-
[illegible]e ha
[illegible] que ha
[illegible]edas, que
[illegible] indicios,

porque sin castigo no hay ejemplo. ¿Es cosa de risa una fidelidad que se rompe, una honra que se pierde? Esas son materias de drama; y haciéndose de ellas tanto acopio por ahí, ¿cuántos dramas se ven? Alguno de tarde en tarde. Los demás casos... como llevan acompañamiento de amigas y de hombres buenos, se quedan en comedia. Alta comedia, si usted quiere, con alguna que otra escena brava... no muy brava... llovizna de lágrimas y cóleras sin pistón, que duran los tres actos consabidos. Luego, el desenlace apacible del abrazo, el olvido, la bendición y el aplauso. ¡No, señor! ¿Han roto tu felicidad? A la calle los pedazos, y que las gentes apedreen con ellos á los culpables.

ANG. ¡Ay, doctor! ¡Cuántos títeres andarían sin cabeza!

EUG. En fin, yo discurro con la ferocidad del hombre dichoso, y cada maestrillo tiene su librillo. Vaya usted con el suyo á convertir en sainete el drama de casa de Nanclares.

ANG. Ya se ve que voy; y vuelvo al instante.

EUL. Te esperamos.

ANG. Que no se marchen esas. (Encarándose con don Eugenio.) Y tenemos mucho que hablar... Conque no nos haga usted ¡chist!.. ni disponga el paño para tenderlo en el púlpito, porque no nos callaremos.

EUG. Eso sí que no. Tenemos lectura...

ANG. Que no nos callaremos. (Vase por el fondo, acompañada por Eulalia.)

ESCENA IV

DON EUGENIO, GERMAN, á poco EULALIA

EUG. Ya no piense usted en seguir trabajando.

EUG. ¿Por qué?

ANG. ¿No ha oído usted la invasión de mujeres que nos aguarda?
(Volviendo á entrar.) ¡Qué graciosa se pone Angeles!

GER. Es tremenda. ¡Y qué cosas dice!

EUG. ¿A que no dice esas cosas mi mujercita?

EUL. ¡Ay, yo no!

EUG. Porque su marido no pertenece á la bandada de esas eminencias torcaces. Cuando concluya nuestra obra... nuestra, porque es tuya y mía... Pues cuando la concluya, voy á descansar.

EUL. Sí; que bien te hace falta

EUG. Echo la llave al estudio y á la biblioteca, y nos salimos por el mundo declarados en huelga. ¡A viajar!

EUL. ¿Sí? ¿Viajaremos?

EUG. ¡Ajá! ¿Ves cómo ya se te alegran los ojos? Un viaje muy largo, á todas partes... á donde nos dé la gana; viendo cuanto haya que ver y paseando ufanamente nuestra gloria. ¿Lo has oido? Nuestra gloria. Porque, ¡si he acertado, si sale lo que yo aquí tengo concebido!... (Dándose palmadas en la frente.)

GER. Ya se vé que sí. Dará usted al mundo una obra admirable.

EUG. El pensamiento de mi vida; la piedra en que dejaré escrito mi nombre. (A Eulalia.) Tú no sabes la empresa de loco en que me he metido.

EUL. Por lo que á mí se me alcanza...

EUG. «Reconstrucción geográfica é histórica de la España árabe.» ¿Será osadía la de este viejo?... ¡Pues, sí, señor, la tengo! Allá irá mi libro, vertiendo luz del mediodía, luz española, sobre oscuridades que hasta ahora nadie pudo iluminar. Porque... mira; yo les digo á mis españoles:—Vamos á ver; ¿qué saben ustedes de aquel pueblo que nos dejó su sangre, y su ciencia, y su música, y sus versos... y sus mujeres... y sus pecados? ¡Bueno! conocen ustedes sus batallas y conquistas, las riquezas de los alcázares, las fiestas en Bibarrambla... y todo eso, á medias. Pues aquí está un valiente que ha husmeado por todos los escondrijos, que ha rascado el herrin de todas las monedas, que ha recogido inscripciones, códices, indicios,

sospechas, y entrega á ustedes la España mora, restaurada pueblo por pueblo y callejuela por callejuela. Y les presento, hija mía, les presento á mis españoles, aquella muchedumbre de emires, jeques y alfaquíes que anduvieron por nuestra tierra cobrando tributos y repartiendo la justicia menuda. Pasan por mi libro á la deshilada, envueltos en sus alquiceles, y el lector les sigue conmigo, y luego conmigo entra en sus casas. . ¡en sus casas! á sorprender los misterios de aquella vida desconocida, á oir las bachillerías de la historia narradas por el agua sonora de pilas y atarjeas, por la música de guitarras y salterios, por el run-run del telar y del torno... ¡Oh, si lo he logrado!... ¡si lo he logrado, Eulalia mía, voy á llenarte esta casa de laureles, y el corazón de soberbias, y la vida de caricias!

EUL. ¡Sí, sí! Alcanzarás ese triunfo que esperas.

EUG. Pero aún quedan leguas de mal andar. ¡A ver, á ver! yo no pierdo una hora; trabajaré en mi chiribitil; huiré de este sitio, que es un hervidero. ¡Valentín! (Toca un botón.)

ESCENA V

DICHOS; VALENTÍN por el fondo

EUG. Mira, Valentín; coge estos libros... y estos... (Cargándole de volúmenes y legajos.) Vamos á trasladarlos al pabellón del jardín. (Carga él con otros libros.) Desde mañana, allí me instalo. (A Eulalia.) Que tengo impaciencia, delirio porque veas lo que he sido capaz de hacer al amor y amparo de tu compañía. (Vase con Valentín, por la derecha del saloncito.)

ESCENA VI

EULALIA, GERMÁN

GER. ¿Qué quiéres, Eulalia? ¿qué sucede?

EUL. Germán, estamos perdidos.

GER. ¡Esa es tu primera palabra después de una ausencia!...

EUL. Es que ya se acabó la dicha para nosotros; si dicha era aquel sobresalto constante en que hemos vivido.

GER. ¿Qué dices?...

EUL. (Conduciéndole al fondo y enseñándole la vitrina.) Mira. Nuestro libro ha desaparecido.

GER. ¡Qué! ¡el de nuestras cartas! (Se dirige al escritorio y saca del pupitre un manojito de llaves; con una de ellas abre precipitadamente la vitrina.)

EUL. No lo busques; sé que no está. Lo he buscado yo, tomo por tomo. ¡No está!

GER. ¡No está! (Después de buscar.)

EUL Y el libro tenía dentro una carta mía.

GER. ¡Nos han sorprendido!

EUL. Yo no sé lo que ha pasado. Te escribí la noche antes de marcharme con Eugenio al Escorial. No habíamos podido hablarnos, tú querías ir á verme y yo te rogaba, te imponía que no fueras. Tarde ya de la noche, vine aquí; dejé la carta entre las hojas del libro, y me alejé segura de que nadie me había observado.

GER. ¿Y cómo no hallé sobre esta mesa la seña de costumbre, para recoger la carta?

EUL. No llegué á ponerla. Escucha. A la mañana siguiente, quise añadir á mi billete algunas palabras: una súplica más para que no fueras á comprometer nuestro secreto. Madrugué mucho, entré y fuí á sacar el billete. ¡Qué espanto el mío, Germán! ¡Aquel libro ya no estaba allí!

GER. ¡Y partiste sin habérmelo advertido!

EUL. Fué imposible; á los pocos momentos salimos de Madrid. Escribírtelo, más imposible aún. Era otra carta; era ponernos en otro azar.

GER. ¡Qué extraño suceso!

EUL. Lleno de sospecha y de amenaza, ¿no es verdad?... ¿Qué piensas tú? Has de investigar, has de descubrir...

GER. ¡Oh, sí! Yo iré al encuentro del peligro...

EUL. ¿Dónde se halla ese ejemplar? ¿quién posee

mi carta... ¿Es mi marido? Muerta el alma de miedo, ni á una pregunta, ni á una indicación he sabido atreverme. Dos meses he pasado queriendo sorprender en él una señal de enojo ó de pena. Acabas de verlo; si ese hombre conoce el ultraje que le hemos hecho, su disimulo es tan hábil que hace temblar.

GER. ¿Y si él no fuese quien hubiera sacado el libro?

EUL. ¿Quién sería entonces?

GER. El tomo de que nos servíamos era un viejo ejemplar, cuyo valor consistía en su rareza; igual que sucede con los otros que tu marido guarda tras de aquellos cristales. Nadie abre esos libros para consultarlos; su solo uso está en la vanagloria de poseerlos, y por esta razón elegí uno de ellos para escondrijo seguro de nuestras cartas. Si no es tu marido el que lo ha quitado de su tablero... en ese caso, debe haber sido alguno que conocía el valor del ejemplar, y que lo ha sustraído para venderlo ó para guardarlo. Si es así... Dios sabe por dónde el libro anda á estas horas ó en qué biblioteca está ya sepultado.

EUL. ¡Y allá con él corre ó duerme mi billete!

GER. ¿Tú no lo firmaste?

EUL. Pero, ¿y mi letra, y tu nombre?...

GER. ¡Lo pusiste!... ¡Qué imprudencia!

EUL. Toda la de nuestra locura. ¿Qué más imprudencia que escribirnos?

GER. Es verdad.

EUL. Además, cada palabra de las que te dirigía es un indicio. Si ese papel aparece, él será nuestra denuncia.

GER. No; tranquilízate; yo lo descubriré. Todo mi ahinco se consagra desde ahora á rastrear el paradero de ese libro, y como sea cierta mi presunción de que alguien lo ha hurtado...

EUL. ¿Y si es él... ¡él! quien lo tiene... quien lo ha abierto?...

GER. Entonces, Eulalia... dijiste bien; estamos perdidos.

EUL. Nosotros... sería justo; pero ese hombre también lo está. ¡Ese hombre que cree en mí, que sentirá envenenada su vejez tranquila y sonriente!...

GER. ¡Oh, no temas! Lo evitaremos.

EUL. Sí, sí; no pensemos ya en nosotros, ni en nuestra impunidad, ni en nuestra locura... Todo el esfuerzo... toda mi vida, toda la tuya por salvar aquel corazón del desengaño que le mataría. ¡Silencio!

ESCENA VII

DICHOS, DON EUGENIO, por la derecha del saloncillo, á poco VALENTÍN, por el fondo

EUG. ¿Ha seguido usted mi consejo? Muy bien. ¡Si en llegando esta hora, aquí no se da plumada buena!

EUL. Y menos hoy, que con motivo de nuestra llegada...

GER. Además, tengo que salir. Me he acordado de cierto asunto...

EUG. Vamos; le huye usted á la lectura.

GER. No; si doy en seguida la vuelta. (Sale Valentín llevando una tarjeta en una bandeja.)

EUG. ¿Qué hay?

VAL. Este caballero pregunta por el señor.

EUG. (Leyendo la tarjeta.) «Edward Beeders.» ¡Mister Beeders en Madrid! Que pase. (Vase Valentín.)

EUL. ¿Un extranjero?

EUG. Escocés. Gran coleccionador de antigüedades. Un dichoso mortal que ha podido gastarse quince millones en un museo.

EUL. Te dejo con él. (Vase por la izquierda.)

GER. También yo...

EUG. Deténgase un instante: quiero que conozca usted á mi visita.

ESCENA VIII

DON EUGENIO, GERMÁN, VALENTÍN y MISTER BEEDERS. Valentín introduce á este último y se retira

EUG. (Corriendo al encuentro de Mister Beeders.) ¡Amigo mío!

MISTER Buenas noches, señor.

EUG. Adelante. (Mister Beeders y Germán se saludan, don Eugenio les presenta.) Mi secretario por amistad y por gracia; don Germán de Vivanco, hijo segundo del barón del Almudejo. Muy amante de las costumbres de Inglaterra, en donde se ha educado.

MISTER ¡Oh!...

EUG. Mister Edward Beeders, gran magnate de la bibliografía y de la numismática.

GER. Entre cuyos envidiosos me cuento desde hoy. (Se dan la mano.)

MISTER Usted debe contar entre mis amigos, señor. Yo conozco á su padre de usted. (Siéntanse.)

GER. ¿Ha estado usted en Sevilla?

EUG. En todas partes de España.

GER. Bien se le echa de ver.

MISTER ¡Oh, muchas gracias! Usted, de este modo, haber hecho una gran conquista, doctor; porque no es cosa acostumbrada ver á un galán joven metido en el estudio de un anticuario.

EUG. Eso... ¡Qué diantre! ¿se lo decimos todo á Mister Beeders?

GER. ¿Qué le quiere usted decir?

EUG. Pues... para que la presentación sea completa. Este mozo que usted ve aquí, no es un anticuario, mi querido amigo, ni tiene fuste de tal.

MISTER ¡Ah!...

GER. ¡Bravo! ¿Opina usted que no aprovecho?...

EUG. Es un poeta. Un poeta con todo el campanario tocando á vuelo.

MISTER ¡Oh, cuánto ruido!

EUG. Aquí está auxiliándome eficazmente en la conclusión de mi libro, pero ni le importa el libro, ni la ciencia...

GER. No diga usted eso, don Eugenio...

EUG. Nada, nada; la verdad. El se encuentra aquí gustoso y embelesado, ¿sabe usted por qué? Porque le tengo entre moros, departiendo con zegríes y abencerrajes, y paseando alcázares y mezquitas.

GER. Lo que yo busco es una carrera.

MISTER ¡Usted!... ¡un Almudejo!

GER. Segundón y no muy bien avenido con mis parientes. Y á falta de quietud y estancia solariega, me salí á pedírselas á la suerte y á la aventura. Yo tengo mis ambiciones...

EUG. Todas en verso.

GER. Y mis esperanzas...

EUG. Todas en música.

GER. Y ahí tiene usted.

EUG. ¡Pero vengamos á la grata reaparición de usted en España!... Bien venido por acá. Y emplazo á usted para las lecturas de mi obra, que mañana mismo empiezo á dar á la imprenta. Esta noche leemos el prólogo y los dos primeros capítulos.

MISTER ¿Y qué obra está usted escribiendo? (Mirando las carpetas.) ¡Ah! Usted está reconstruyendo la España árabe. ¡Oh! ¡yo no puedo faltar! ¿A qué hora?

EUG. Dentro de un rato... A las diez.

MISTER Yo tendré tiempo de salir y de volver á entrar.

EUG. ¡Y cómo bendigo la coyuntura feliz que me trae un consultor de tanta estima!... ¡Quién podía sospechar!...

MISTER Ya son muchos años que yo no venía ninguna vez.

GER. Vivirá usted cautivo de las delicias de su museo.

EUG. Aquel museo de Glasgow, admiración del mundo arqueólogo.

GER. ¡Las preciosidades que contendrá!

EUG. ¡Figúrese usted!... La primera colección de ejemplares únicos, del mundo.

GER. ¡Ejemplares únicos!

MISTER Sí, señor. Yo he gastado muchísimo dinero, porque los ejemplares únicos ser mi... mi

chifladura, como dicen ustedes. Es un orgullo decir: de este libro que se imprimió hace cuatro siglos, se han perdido todos los ejemplares, menos sólo uno, y este sólo uno lo tengo yo.

EUG. En las almonedas no hay quien se le ponga delante. Confieso mi pecado, pero me muero de envidia, yo, coleccionador de tres al cuarto, viendo las esplendideces de este hombre.

GER. (Levantándose.) He tenido el mayor gusto...

MISTER Adiós, señor. Yo deseo que usted consiga poner en prosa sus ambiciones. (Vase Germán.)

ESCENA IX

DON EUGENIO y MISTER BEEDERS

MISTER (Volviendo á sentarse.) Y bien, doctor... usted es envidioso de mí; yo debo antes ser envidioso de usted. Siempre rodeado de sus libros, siempre feliz y siempre joven.

EUG. ¡Ay, amigo mío! Ya dí el tumbo de los sesenta.

MISTER Además; á mí me han dicho que usted haberse casado.

EUG. Sí, señor; y tengo una mujer encantadora. Ya la verá usted. Es una niña.

MISTER ¡Ah! usted se ha casado con una niña.

EUG. Huérfana de un amigo mío... Usted le conoció. Paco Rasueros, el del monetario. ¿No se acuerda usted de Paco Rasueros?

MISTER Un militar...

EUG. Capitán de Estado Mayor... Dueño de un monetario... Mi mejor amigo. Iba ya para viejo, cuando empezó á picarle la ambición y quiso irse al Norte en busca del ascenso. Dijóme al partir: ahí te dejo mi hija y mi monetario, mis dos riquezas. Protege á mi Eulalia, si por allá me encuentro una bala; y de mis monedas viejas se tú el heredero. Fuese el pobre y no volvió.

MISTER No encontró el ascenso.

EUG. Encontró la bala. Bueno... El monetario,

aunque estaba algo revuelto, lo ordené en quince días. No valía lo que el pobre Rasueros se había figurado. Pero, ¿y la muchacha?... Cáteme usted á mí, que me había pasado la vida entera con el santo al cielo, convertido de la noche á la mañana en guardador de una huérfana joven, hermosa... Porque es hermosa como un rayo de gloria; ya la verá usted. ¿Qué hacerme con aquella criatura, expuesta á los riesgos de su soledad? La tribulación alteraba mis estudios; los estudios me distraían de mi tutela... En semejante apuro, tomé partido; me casé con la huérfana, y me la traje acá, con el monetario. Así se cumplió todo el testamento de Rasueros.

MISTER Usted es enamorado de su mujer.

EUG. Pues... aquí que no han de demandármelo claustros ni academias... ¡Sí, señor! Enamorado como un cadete.

MISTER ¿Y?...

EUG. ¿Fruto de bendición? ¡Vaya! lo tenemos; una niña de cuatro años, que es nuestra delicia. Supongo que honrará usted esta casa.

MISTER Yo no podré mucho honrarme en ella.

EUG. ¿Se marcha usted pronto?

MISTER Yo no tenía pensado de venir á España. Yo soy procedente de Dresde.

EUG. ¿Viene usted de la almoneda de Klemm?

MISTER Yo he comprado allí siete ejemplares únicos.

EUG. ¡Se me extremecen las carnes!

MISTER Y allí yo he escuchado á dos bibliófilos franceses que hablaban muy bajo y muy misteriosamente. He sorprendido su secreto, y yo estoy por esto en Madrid á buscar á usted, porque usted es el prefecto de la policía de los anticuarios españoles.

EUG. Eso es verdad. No sale en Madrid una piltrafa de pergamino, ni una llave herrumbrosa, que no la traigan al momento á mi exámen. Vamos á ver qué secreto es ese.

MISTER Que ha aparecido un ejemplar rarísimo: un incunable.

EUG. ¡Un incunable!

MISTER ¡Oh, sí! Un *Œlius Donatus,* edición de Nicolás Schœffer, Maguncia.

EUG. ¿Y venía usted para adquirirlo?

MISTER A todo precio.

EUG. Mister de mi alma, puede usted volverse á Escocia mañana mismo. De ese libro que usted dice, no existen en el mundo más que dos solos y únicos ejemplares.

MISTER Yo haber creído hasta hoy que no existía más que uno.

EUG. Son dos.

MISTER Ya lo sé, ahora.

EUG. El que se vendió en la almoneda del conde Máccarty, el año diecisiete...

MISTER Y bien; este le tengo yo en mi archivo de Glasgow.

EUG. ¡Usted es el que lo posee!

MISTER Y yo lo estimaba como uno de mis ejemplares únicos. En los catálogos no figura el otro.

EUG. ¿Y para qué necesita usted el otro?

MISTER ¡Oh, para hacerlo desaparecer! Yo lo busco, yo lo compro y no lo dejo figurar en ninguna colección.

EUG. Pues, amigo mío, será imposible; porque ese segundo ejemplar que usted codicia, se halla en manos de quien no lo vende.

MISTER ¿En qué manos está?

EUG. Lo tengo yo.

MISTER ¡Ah! Usted le tiene.

EUG. Y lo va usted á ver. (Levantándose.) Yo no mando insertar mis joyas arqueológicas en los catálogos. Anda por ahí mucho envidioso y mucho ratero. (Dirigiéndose al escaparate, después de coger las llaves de sobre la mesa.) Aquí lo tengo, en este rincón, donde está el sagrario. (Abre el escaparate.) ¡Diantre!... ¡Qué es esto!...

MISTER ¿No lo encuentra usted?

EUG. ¡No, señor!... Falta de su sitio. Aquí estaba invariablemente. (Busca entre los otros libros.) ¡Nada, en ninguna parte! ¿Me lo habrán robado?

MISTER ¡Ah! Usted tenia su joya mal guardada.

EUG. Me lo han robado. ¿Pero cómo?... ¿Quién?.. (Dando voces.) ¡Valentín!.. ¡Eulalia!.. ¿Ha visto usted qué escándalo, qué piratería?... ¡Valentín, en seguida!...

ESCENA X

DICHOS y EULALIA por la izquierda, luego VALENTÍN por el fondo

EUL. ¿Qué es eso, Eugenio? ¿Qué te pasa?
EUG. Ven acá, hija mía... (Eulalia y Mister Beeders se saludan.) ¡Me han robado!
EUL. ¡Ah!...
EUG. El mejor de mis ejemplares...
EUL. ¡Te lo han robado!
VAL. (Saliendo.) ¿Llamaba el señor?
EUG. Un libro viejo, muy viejo, que ocupaba este sitio, que falta de él, que ha desaparecido... ¿dónde está?
EUL. (Lo han robado).
VAL. Yo no sé decirle al señor...
EUG. ¿Que no sabe usted?... Ahora veremos...
EUL. ¿Lo dás por seguro?
EUG. Por infalible. Yo no lo he tocado... Las llaves habrán quedado algún momento aquí descuidadas.
VAL. ¡Señor, que yo no pongo nunca mano en la librería!
EUG. Bueno; está bien. Váyase usted.
VAL. No me deje Dios mentir...
EUG. Digo que te vayas. (Vase Valentín.)

ESCENA XI

DICHOS menos VALENTÍN

EUG. No ha sido este.
EUL. No; no ha sido. Creo yo, que no debe haber sido.
EUG. Ese es un buen muchacho. Las criadas tampoco...
EUL. ¿Qué saben ellas?
EUG. El ladrón ha sido Tomás.

EUL. Ese... es posible.

EUG. (A Beeders.) El criado que despedí cuando nos marchamos al Escorial. Aquél bribón sabía en lo que andaba. Pero yo sé á qué madriguera debe haber llevado su rapiña.

EUL. ¿Sospechas á dónde?...

EUG. Como si lo viera. A casa de... (Mirando á Beeders.) Ya sé yo dónde.

EUL. ¿Y piensas hallar?...

EUG. La pista, cuando menos.

EUL. (¡Oh! ¡Dios mío!)

EUG. Porque en cuanto al libro... ya sé yo lo que ha pasado. Tomás se lo vendería por cinco ochavos á algún chalán de antigüedades, y ese habrá hecho su negocio lejos de Madrid, donde no aparezca indicio. En fin, salgo á explorar. Mister, usted perdone; pero á esa pesquisa quiero ir solo.

MISTER ¡Ah! usted no se fía...

EUG. Con muchísimo respeto... no, señor. Era usted capaz de tomar el atajo.

MISTER ¡Oh, seguramente! En eso de los libros raros yo navego en corso. Usted no está en los catálogos.

EUG. Pero tampoco estoy en Bábia; y recobro mi libro, ó pierdo mi nombre. Adiós, Eulalia.

MISTER Yo tendré más tarde el honor... (Saludando á Eulalia.)

EUL. Hasta luego. (Qué zozobra; ¿habrá llegado Germán á tiempo?) (Vase por la izquierda.)

MISTER Saldremos juntos... hasta la calle.

EUG. No me detengo. Vamos allá. (Cierra el escaparate, se guarda el manojito de llaves y se dirige á la puerta.)

ESCENA XII

DICHOS, menos EULALIA. ANDREA, CARMEN y FELISA, por el fondo; después ANGELES, también por el fondo

EUG. ¿Qué hay?

AND. Estas señoras...

EUG. ¡Oh, marquesa! ¡Felisa!... (A Andrea.) Pasa recado. (Vase Andrea, por la izquierda.)

CAR. ¿Cómo va, doctor?

FEL. ¿Y Eulalia?

EUG. Viene al momento. Yo salía á un negocio urgentísimo...

CAR. No se detenga.

EUG. Hasta ahora mismo. (Desde la puerta, viendo aparecer á Angeles.) A bien que no sentirán ustedes mi ausencia... Aquí viene esta señora, con las últimas noticias de casa de Nanclares.

ANG. Sí, señor, que las traigo.

EUG. ¿No lo dije? La hoja extraordinaria. (Vase. Beeders le sigue, después de saludar á las señoras.)

ESCENA XIII

ANGELES, CARMEN y FELISA

ANG. ¡Cómo nos queremos con ese sabio!

CAR. ¿Y qué cuentas de los Nanclares?

ANG. Horrores, hija. Se van á separar. El marido está ciego. En fin, que allí tenemos desdicha para rato.

FEL. Hemos de ír por allá.

CAR. Mañana mismo.

ANG. Es un deber sagrado. Yo, ya lo estoy cumpliendo.

ESCENA XIV

DICHOS, ANDREA

AND. La señora, que la dispensen por un momento. Sale en seguida.

ANG. ¿Está indispuesta, acaso?

AND. No sé decírselo á las señoras. En su cuarto estaba encerrada cuando la avisé...

ANG. Está bien. (Vase Andrea.) Otra que sufre.

CAR. Verdad. Aquí también hacemos mucha falta.

ANG. ¿No la has observado? Siempre inquieta, siempre nerviosa...

CAR. ¡Nervios, nervios!... Ya se ve que son ner-

vios; pero alguna causa los agita. Cuando suena el teléfono...

ANG. Cierto; alguien hay que pide comunicación.

CAR. ¡Si una fuera médico!

FEL. ¡Y si una también lo fuera!

ANG. Tú, tocarías á descasar.

CAR. Y á casar otra vez.

FEL. Pero, ¿quién es él?

ANG. ¿Qué sabemos?... No será otro sabio.

CAR. Eso no es posible.

ANG. Esa criatura no abre la boca...

FEL. Sin embargo, por más que calle, ya se saben muchas cosas.

CAR. ¿A ver, á ver?

FEL. Indicios, pero seguros. Madrugaditas en la Moncloa; tardecitas en el Museo del Prado...

ANG. Y las sesenta cuaresmas que lleva ayunadas ese marido.

CAR. Hay que despojar esa incógnita.

ANG. Ese *incógnito*. Yo me encargo.

FEL. Justo. A ver si se anima un poco esta tertulia. Porque, hasta ahora, son unos viernes muy insípidos.

ANG. Tertulia de sabios, vigilia rigurosa.

ESCENA XV

DICHOS. EULALIA, por la izquierda. A poco, DON LAMBERTO, por el fondo

EUL. Ya sabía que me honraban ustedes esta noche.

CAR. ¿Cómo les ha ido á ustedes en su excursión?

FEL. Pensábamos haber venido mañana, pero como es la función de la parroquia de San Andrés...

CAR. ¿Usted no irá? (Don Lamberto entra por el fondo; va á entrar en el salón y al ver que en él están las damas solas, retrocede y se queda en el saloncillo, mirando los libros de los estantes.)

EUL. Mi marido vive ahora tan atareado...

CAR. Y eso, ¿qué le hace?

FEL. Nosotras nos vamos solas.

ANG. Ellos estudian, y así no se les distráe.

EUL. Pues Dios reune aquí esta noche á los matrimonios.

CAR. ¿Sí, viene mi marido?

FEL. ¿Y el mío? Me alegro; nos veremos.

EUL. Les aguarda Eugenio, para leérles unos capítulos de su obra.

FEL. (Mirando al saloncillo) Pues por allí anda ya uno de los oidores.

EUL. Es don Lamberto.

ANG. (Llamándole.) ¡Don Lamberto!

LAM. (Volviéndose.) ¡Hum! Servidor...

ANG. Pase usted, hombre, que no nos comemos á los académicos.

ESCENA XVI

DICHOS, EL MARQUÉS y MUÑOZ, por el fondo

MAR. Señoras...

CAR. Manuel, dale escolta á don Lamberto, que no se atreve á entrar solo.

MAR. (Volviéndose á don Lamberto.) ¡Oh, mi sabio amigo!

MUÑOZ Señor don Lamberto. (Entran.)

ANG. ¡Y le llaman sabio á este hombre!

MAR. Eulalia... Señora... ¿Tú también por aquí? (A Carmen.)

MUÑOZ Muy buenas noches.

LAM. (Saludando á las señoras con cortedad y embarazo.) Bien, ¿y usted? Muchas gracias. (Se aparta, coge un tomo y se pone á leer.)

ANG. (Al Marqués.) Pero, ¿por qué alternan ustedes con semejante hurón?

MAR. ¡Ah, es un sabio!

FEL. ¿Y cuándo se han enterado ustedes, si nunca dice una palabra?

ANG. Para eso es profesor de lenguas muertas.

ESCENA XVII

DICHOS, GERMÁN, por el fondo

GER. ¿No empezó aún la lectura?

CAR. Llega usted á tiempo.

GER. ¡Oh, cuánto bueno aquí reunido!

ANG. Toda la facultad; los doctores y las doctoras.

GER. Doctoras en nigromancia.

ANG. ¡Anda! Un piropo del siglo trece. Así se los cacharían á Marieastaña.

FEL. ¿Y de dónde venía usted tan acelerado?

MAR. De ver á alguna novia.

ANG. ¡Quiá! Este aprendiz de sabio no piensa en novias.

GER. Venía de perder el tiempo, señoras.

EUL. (Con emoción disimulada.) ¿Sí?... ¿Ha perdido usted el tiempo?

GER. Una recomendación que he de presentar al ministro de Fomento. Pero ese señor no estaba. (Con intención, mirando á Eulalia.) Mañana espero ser más afortunado.

ESCENA XVIII

DICHOS, DON EUGENIO por el fondo

EUG. Señores, pido á ustedes mil perdones. Les he tenido esperando... (Da la mano á todos.)

MAR. ¡Por Dios, doctor!

EUG. Pero me asiste excusa plausible. ¿Saben ustedes lo que me pasa? Me han robado mi *Œlius Donatus*, mi precioso incunable.

MAR. ¡Qué dice usted!... ¡Aquella maravilla!

EUG. De allí lo han sustraído.

MUÑOZ ¡Qué barbaridad!

EUG. He volado á casa de Dago, el corredor de libros viejos; á casa de Jorge, otro corredor. Nada, ni el olor siquiera.

MAR. ¿Ha visto usted qué fechoría? (Á don Lamberto.)

LAM. ¡Oh!

ANG. Ustedes se tienen la culpa. Si no le dieran tanto valor á un libraco...

EUG. Y lo peor no es que me lo hayan robado. Nosotros nos juntaríamos, nos daríamos buena maña, revolveríamos Roma con Santiago, y rescatábamos el libro aunque nos lo escondieran bajo el séptimo suelo.

MAR. ¡Ya se vé que sí!

EUG. Lo peor es que anda venteándolo un hombre temible, mister Beeders, el ricachón escocés.

MAR. ¡Ese Atila!

EUG. Viene resuelto á encontrar y adquirir el volumen.

MUÑOZ ¡Y á Inglaterra con él!

MAR. Hay que frustrar ese propósito.

EUG. ¿Y de qué manera?

EUL. Siendo ese hombre tan poderoso...

GER. Y no conociendo el paradero del libro...

EUG. A mí, á ustedes que son mis amigos, nos lo ocultarán. Mientras tanto, el escocés lo descubre, le echa mano y se lo lleva.

ANG. Y yo me alegraré.

EUG. ¡Vaya usted á paseo!

ESCENA XIX

DICHOS, VALENTÍN con una carta

VAL. Señor... Un joven que desea ver á usted con mucho empeño.

EUG. No puedo recibirle.

VAL. Tres veces ha venido hoy, y ahora insiste de tal modo... Me obliga á pasar esta carta.

EUG. ¡Qué diantre de importuno! (Tomando la carta, la abre y mira la firma.) Miguel Lozano. Este es un amigo mío.

MUÑOZ Alguna recomendación.

EUG. (Leyendo.) «El dador de la presente...» Sí, en efecto. «El dador de la presente, don Juan »López...»

EUL. (Que se ha levantado, aparte á Germán.) El libro ha sido robado.

GER. Y su huella ha desaparecido. ¡Esto nos salva!

EUG. ¡Señores!... ¡Mi libro!

MAR. ¿Es posible?

EUL. (¡Dios mío!...)

MUÑOZ A ver, á ver...

EUG. (A Valantín.) Que entre ese joven. (Vase Valentín.) Me le envía Lozan... por supuesto sin pensar que el libro tenga la historia que tiene...

MAR. ¡Mire usted si hay Providencia!

EUG. Y viene su actual poseedor, á fin de que le instruya sobre el mérito del ejemplar (Mostrando la carta.) Un *Œlius Donatus.*

MUÑOZ Cayó en la ratonera.

EUG. (A los otros, que se entregan á extremos inquietos.) Prudencia, señores. Disimulo y mala intención. Déjenme ustedes á mí.

GER. (¿Será, en efecto, el libro robado?)

ESCENA XX

DICHOS, JUAN LOPEZ, por el foro

JUAN ¿El señor don Eugenio Olivenza? (Parándose á lá puerta.)

MAR. Pase usted. (Corriendo á su encuentro.)

MUÑOZ Adelante. (Lo mismo.—Don Lamberto también acude, y los tres rodean á Juan invitándole á entrar.)

JUAN (Abrumado.) Pregunto por el señor de Olivenza.

EUG. Servidor de usted.

JUAN ¡Ah! Buenas noches. (Entra)

EUG. ¿Trae usted ese libro?

JUAN Sí, señor.

MAR. ¿Y como paró en su poder?

ANG. ¿Es usted del Rastro?

JUAN (Suspendiendo la acción que había indicado de sacar el libro de bajo del chaleco.) No, señora, no. Verán ustedes; verá usted. (A don Eugenio.) Somos tres sobrinos, que acabamos de heredar á

nuestro tío, canónigo de la Santa Iglesia catedral de Tarazona.

FEL. Que sea enhorabuena.

JUAN Parece que sí; que habrá por qué nos la den. El canónigo tenía un caserón todo lleno de libros.

ANG. Dios se lo haya perdonado.

JUAN Los que no se lo perdonábamos éramos nosotros, porque no dejaba más fortuna. Ya digo: librotes y más librotes. A nosotros nos hubiera hecho mejor cualquier pico de dinero, porque tenemos en Calahorra una industria de pimientos que nos anda muy decaída por falta de capitales. Y ya nos disponíamos á vender la herencia al peso, cuando un beneficiado de la propia Santa Iglesia, que había estado hurgando en el montón, apartó unos cuantos libros, cosa de media docena, y nos dijo, así como inspirado: «Esta es la herencia de vuestro tío.» Parece que se trata de libros muy buenos, para quien los entienda, y dice el beneficiado que al tío le habían costado un dineral, y que ahora podremos sacar nosotros una buena hijuela. Vamos á vender los libros, y empezamos por el que nos han dicho que parecía de más mérito, y es el que traigo á usted para que se sirva verlo y aconsejarme.

EUG. Vamos á verlo.

JUAN Nos dijo el beneficiado que mi tío lo había adquirido el mismo día que cayó en cama, y por eso no lo dejó clasificado en su catálogo. Así es que no sabemos...

EUG. Bien, pero ¿dónde está ese libro?

JUAN Aquí está. (Sácase de bajo del chaleco un libro, que deja sobre la mesa.)

MAR. ¡Oh, maravilloso!

JUAN No, si este no es. Este es el de facturas, que también me lo he traído, á ver si realizo algunos cobros.

MAR. ¡Ah! Bien, bien. Por el forro me parecía...

ANG. Es decir, que ni por el forro conoce usted los libros.

JUAN El ejemplar de que se trata es este. (Se saca

del pecho el libro, que trae envuelto en un pañuelo y luego en un papel. Es un tomo en 4.° mayor, de unas 200 páginas, papel amarillento, caracteres góticos, impresos en negro y rojo, con grabados toscos intercalados, y cubiertas de pergamino arrugado y roído, que sujetan cuatro tiras de badana anudadas.— Los bibliófilos acuden ávidamente á mirarlo.)

MAR. Que se vea.

MUÑOZ Que se examine.

EUG. (Cogiendo el ejemplar.) (¡Es el mío!)

GER. (¡Lo reconozco!) (Se lo revela en una mirada á Eulalia, la cual queda aterrada.)

EUG. ¡Calma, calma, señores! (A los bibliófilos, que quieren coger el libro.)

JUAN A ver qué valor puedo ponerle.

MAR. ¡Oh, incalculable!

EUG. Para la ciencia, este tomo no tiene precio.

JUAN Ya... pero en efectivo... para la industria de Calahorra.

ANG. Este joven desea saber el valor en pimientos...

EUG. Ese es asunto para más despacio.

MAR. Usted deja aquí el ejemplar...

JUAN (A don Eugenio.) Perfectamente. Lo dejo. Ya me ha dicho el señor de Lozano que es usted una persona respetable.

EUG. Yo lo examinaré con reposo, y mañana le digo á usted lo que haga al caso.

MAR. Eso es; lo que haga al caso.

JUAN Pues, hasta mañana, ¿verdad? (Recoge el libro de facturas.)

EUG. Vaya usted con Dios.

JUAN Temprano, ¿verdad? Y anticipo á usted las gracias. (Yendo y volviéndose.)

EUG. Muy buenas noches. (Acompañándole hasta la puerta.)

JUAN Ustedes lo pasen bien.

ESCENA XXI

DICHOS, menos JUAN LÓPEZ

EUG. (Volviéndose triunfalmente con el libro en la mano.) Ahora vamos á ver.

EUL. (¡Estoy muerta!)
GER. (¿Se conservará ahí dentro la carta?)
EUG. Es el mío. (A los sabios que le rodoan afanosamente.)
MAR. Si no podía ser otro.
EUG. Vean ustedes la etiqueta. (Mostrando la que el libro tiene en el lomo.)
MUÑOZ Pero hay que ocultarlo, porque ese mozo volverá...
MAR. Abralo usted, doctor. Desate las badanas.
EUG. Sí, que tengo afán de acariciarlo.
MUÑOZ Página por página. (Eugenio se sienta y se dispone á abrir el libro; los sabios y Germán le rodean.)

ESCENA XXII

DICHOS, VALENTÍN por el fondo

VAL. Mister Edward Beeders.
MAR. ¡John Bull!
MUÑOZ Esconda usted ese libro.
EUG. (Guardando apresuradamente el libro.) Aquí en este pupitre.
MAR. ¡Y silencio, don Lamberto!
ANG. ¡A quién se lo encarga!

ESCENA XXIII

DICHOS; MISTER BEEDERS

MAR. ¡Oh, ilustre Mister! (Saliéndole al encuentro.)
MISTER ¿Yo llego á tiempo para la lectura?
EUG. Vamos á empezarla; y suplico á ustedes mucha atención, porque desde aquí salen las cuartillas para la imprenta. (Sale Valentín con el servicio del té.)
ANG. Eso es; á nosotras que nos traigan el té.
EUG. Sentarse, señores. (Siéntase delante de la mesa,

desata una carpeta y saca un legajo de cuartillas; los demás se sientan al rededor, Valentín sirve té á las señoras; Eulalia y Germán se miran con muestras de inquietud y terror.)

MAR. Y mucho silencio. (A las señoras.)

EUG. (Leyendo.) «Reconstrucción geográfica é histórica de la España árabe.» (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DON EUGENIO y EULALIA. El primero duerme profundamente, sentado en el sillón más cercano á la pared. Sobre la mesa se ven esparcidas las cuartillas de la obra. La lámpara está en la mesa, apagada. Eulalia asoma despnés de un momento, con cautela, por la puerta izquierda

EUL. (Desde la puerta.) ¡Todavía!... (Avanza algunos pasos.) Se ha dormido. (Llega á la mesa.) ¡Oh! ¡Si me atreviese! Este era el instante. El libro está aquí. (Señala el pupitre donde lo guardó don Eugenio.) ¡Oh! ¡Es forzoso! ¡Cuántas veces se perpetúa un papel suelto entre las páginas de un libro! ¿Se conservará en ese mi carta? ¡Valor!... Nadie antes que yo ha de saberlo. (Abre el pupitre y saca el libro.) De prisa... no vaya á despertar. Si Dios hiciera... (Se aparta hacia el fondo, cerca de la ventana, y empieza á desatar apresuradamente las badanas que tienen el libro cerrado. Las voces de Juan y Valentín suspenden su operación.)

ESCENA II

DICHOS, VALENTÍN y JUAN LÓPEZ

VAL. (En el saloncillo.) Entrará usted cuando le reciban.

JUAN ¡Si me está esperando el señor!...

EUL. (¡Oh, Dios mío!) (Pone rápidamente el libro entre los de un estante, el más inmediato á ella, y se adelanta.)

EUG. (Despertando.) ¿Quién dá voces? Hombre, me había dormido. (Á Eulalia.) ¿Quién está ahí? (Á Juan.) ¿Es usted el que grita en mi casa?

JUAN Me dijo usted que podía venir temprano, y ya es cerca de medio día.

EUG. Pues, me encuentra usted ocupado.

VAL. Ya le decía yo...

JUAN Es que tengo mucha urgencia.

EUG. Y yo más. Estoy trabajando. Todavía no he visto el ejemplar. Me lo ha impedido otra atención preferente. Conque, luego, más tarde...

JUAN Bueno; pero que sea hoy mismo.

EUG. Sí, corriente.

JUAN Doy una vuelta por ahí...

EUG. Vaya usted enhorabuena. (Acompañándole.)

JUAN Hasta ahora. Dentro de un rato ¿eh? Volveré después de almorzar. (Don Eugenio le conduce hasta la puerta del saloncillo, en la cual le despide. Por ella entra Germán.)

ESCENA III

EULALIA, EUGENIO, VALENTÍN (En el saloncillo.) GERMÁN

GER. ¿Qué pasa? (A Eulalia.) ¿Han mirado el libro?

EUL. No; el libro lo tengo en salvo.

GER. ¿Y no lo ha visto él?

EUL. No; estoy segura. Ha trabajado en sus cuartillas toda la noche y todo lo que va de la mañana.

GER. ¿Estás cierta?

EUL. Sí, yo también he velado; he estado en constante acecho.

EUG. (Volviendo al salón después de despedir á Juan.) ¡Vaya á paseo! (A Valentín.) No le dejes entrar cuando vuelva.

VAL. Está muy bien. (Vase, llevándose la lámpara de sobre la mesa escritorio.)

ESCENA IV

EULALIA, DON EUGENIO, GERMÁN

EUG. Para tener con él un altercado... Yo el libro no se lo he de devolver.

GER. ¿Conque se ha pasado usted la noche en blanco?

EUG. Como que en la imprenta están aguardando las cuartillas, y he tenido que corregir todas las faltas observadas en la lectura de esta noche. La concluímos ya cerca de las tres, y luego mister Beeders estuvo dándome jaqueca hasta más de la cuatro... He tenido que sacrificar el sueño.

EUL. No tienes juicio.

EUG. Y tú, ¿le tienes? ¿Piensas que no te he visto cuantas veces te has asomado por allí... y por allí... (Señalando las puertas de la izquierda y del fondo.) aunque lo hacías muy sigilosamente?

GER. ¿Y de qué le estuvo hablando el escocés?

EUG. Calle usted, hombre... Del libro viejo, y dale con el libro viejo. De que ya tenía descubierta la pista. Y el libro, mientras tanto, estaba aquí á buen recaudo.

EUL. Pues, si dá con el sobrino del canónigo y empieza á ofrecerle dinero...

EUG. ¡Quién sabe si ya por eso venía el mozo tan apremiante! ¡Ah! Y luego... otra ventolina que le ha soplado.

GER. ¿Al escocés?

EUG. Empeñado en que he de venderle la propiedad de mi manuscrito para llevárselo á Inglaterra. Ya digo, una hora estuvo porfiando. Que iba á imprimir un solo ejemplar...

GER. La monomanía de los ejemplares únicos.

EUG. Ni por una fortuna, ni por mi salud, ni por mi vida, vendo yo estos papeles cuyos renglones centellean con fósforo de mis sesos. Pues, hasta las cuatro no me dejó.

GER. ¿Y se ha pasado usted ahí siete horas?

EUG. Pero casi me he salido con la mía. Queda ya muy poco.

EUL. Y lo dejas ahora.

EUG. ¡Qué he de dejarlo! Hasta concluir. Usted lleve este fajo á la imprenta. (Á Germán.)

GER. ¿En seguida?

EUG. Sin perder un instante. (Dándole el fajo.) Doscientas quince. Y que esta tarde irá fijamente el resto del primer envío.

GER. Pues, voy allá.

EUG. ¡Ah! Y luego á la Academia á registrar un Códice. Allí está la fecha que tanto hemos buscado.

GER. ¿En seguida también?

EUG. Ya vé usted si es urgente.

ESCENA V

DICHOS; ÁNGELES por la izquierda

ANG. ¿Se puede pasar?

EUL. ¡Hola! Adelante.

ANG. ¿Y se puede hablar también? Porque si no, me marcho.

EUG. Puede usted quedarse, porque los que nos marchamos somos nosotros. (A Germán dándole una nota.) Esta es la nota del legajo que debe usted consultar.

GER. Hasta luego. (Dirigiendo á Eulalia una mirada de inteligencia. Vase.)

ANG. Vaya enhorabuena.

EUG. Y yo también me traslado.

ANG. ¿Al pabellón del jardín?

EUG. Sí, señora; pero allí no entran mujeres. Lo tengo acordonado.

ANG. Así le tendría yo á usted siempre.

EUG. Y yo á usted con un candadito.

ANG. Lo rompería para decirle á usted las verdades.

EUG. Quede usted con Dios.

ANG. Usted lo pase bien. (Vase don Eugenio, llevándose una de sus carpetas, por la derecha del saloncillo.)

ESCENA VI

ÁNGELES y EULALIA

ANG. (Haciendo sentar á Eulalia.) ¡Gracias á Dios que estamos solas! ¿Cómo sigues, hija mía? ¿Y tu indisposición de anoche?...

EUL. No fué nada.

ANG. ¡Oh! ¡Tú estabas indispuesta!

EUL. Te dije que no era nada.

ANG. Pues yo me marché muy cuidadosa, y toda la noche he estado pensando en tí.

EUL. Te lo agradezco.

ANG. Y vengo á que conversemos un rato en confianza.

EUL. ¿Tienes algo que decirme?

ANG. Tú á mí... Conque, vamos, descúbreme el alma.

EUL. Yo...

ANG. Esto no puede durar, Eulalia de mi vida; tú te hallas enferma, tú sufres.

EUL. Pero, ¿qué estás diciendo?

ANG. Tú no eres felíz.

EUL. ¡Qué disparate! ¡Felicísima!

ANG. «Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien,...»

EUL. Pero, ¿qué desatino es ese? ¡Qué infamia! Y eres tú la que...

ANG. Pues, ¿quién había de ser más que una amiga?... ¡Ea! Puesto que ya vinimos al caso, ¿quién es el tenor de ese dúo? Ya sabes que en las óperas se lo cuenta todo la tiple á la comprimaria...

EUL. ¿Quieres que te deje aquí hablando sola?

ANG. Vamos, tonta, si al cabo lo he de saber.

EUL. Me estás ofendiendo.

ANG. ¿No vés que ya anda la cosa en lenguas?

EUL. ¡Basta!

ANG. Eres una desagradecida. Trás que tus amigas se preocupan...

EUL. No son mis amigas las que comprometen el reposo de mi casa. Debéis sentaros á otra

mesa. En esta no os servirán la comidilla que apetecéis.

ANG. Bueno, bueno. Sigue con el antifáz puesto. No quiero que riñamos; porque como ha de llegar la hora en que necesites de mí... La hora de las tristezas y los sobresaltos.

EUL. ¡Nunca! ¡En la vida!

ANG. De mí y de todas. Ya tocarás á fuego.

EUL. Lo que voy á tocar es el timbre, para que el criado te conduzca á la puerta.

ANG. ¡Jesús! ¿Me despides?

EUL. O te callas; y no vuelvas á hablarme de impertinencias.

ANG. Merecieras que me marchase.

EUL. Hazlo, y mejor fuera que no hubieses venido.

ESCENA VII

DICHAS. DON EUGENIO por la izquierda del saloncillo

EUG. ¿Qué pasa aquí? ¿Disputan ustedes?

EUL. No; ¡tonterías de Angeles!

ANG. Esta simple, que no puede sufrir que la porfíen.

EUG. Pero, hija, después que se deshaoga usted conmigo, ¿todavía le queda asunto para enojar á mi mujer?

ANG. Si ya pasó. Es una chiquilla, ¡y como la tiene usted tan consentida! Pero es mi ojito derecho. (La besa.)

EUG. (¿Qué desazón habrá traído esta?...)

ESCENA VIII

DICHOS. EL MARQUÉS por el fondo

MAR. ¿Está visible nuestro hombre? (A don Eugenio) ¡Oh! ¡Varón ilustre! ¡Qué obra, qué obra! ¡Un obelisco!...

ANG. Sí; ¡de papel!

EUG. Muchísimas gracias... á los dos.

MAR. ¿Podremos ahora leer unas páginas?
EUG. Ahora, no; estoy corrigiendo.
ANG. ¿Pensaba usted venir á echar su siestecita?...
EUL. ¿Y Carmen?
MAR. Aquí pensé encontrarla. (A Eulalia.) Está muy preocupada por causa de usted. Anoche me lo decía al retirarnos, y hoy ha despertado con la misma inquietud. Que usted no está bien, que á usted le sucede algo...
EUL. Alíviela usted de su ansiedad.
EUG. ¡Eulalia está buena! (Con interés.)
EUL. Estoy muy buena.
ANG. ¡Como Carmen te quiere tanto!...
EUL. Casi tanto como tú.
ANG. Allá nos iremos.

ESCENA IX

DICHOS. ANDREA por la izquierda

AND. Señora...
EUL. ¿Qué es?
AND. Ahí está la señora de Alvaro con otras dos.
EUL. (Mirando al sitio en que está oculto el libro.) ¡Ay!... ¡Con las cuentas de la parroquia!... Que me díspensen.
EUG. ¿Estás mala realmente?
EUL. No, no; estoy muy bien.
EUG. Para que te desentiendas de tus pobres...
EUL. Tienes razón.
AND. En el gabinete esperan.
EUL. (Venciendo su contrariedad.) Que voy en seguida. (Vase Andrea.) Con permiso. (Después de dirigir otra mirada ansiosa al escondite del libro, se encamina hacia la puerta izquierda.)
ANG. Tendremos que hablar luego. (Deteniéndola y en voz baja.)
EUL. De nada, absolutamente. (Vase.)
ANG. (¡Ay! ¡Pobrecilla!... ¡No te perderé yo de vista!)

ESCENA X

ÁNGELES, EUGENIO y EL MARQUÉS

EUG. ¿Usted no va con ella? (A Angeles.)

ANG. ¡Yo no soy de esa parroquia!

MAR. Es de la de mi mujer.

ANG. Hoy almorzaré con ustedes.

MAR. ¡Oh! ¡Cuánto me alegro! (A don Eugenio.) Pues, sí, doctor; ¡qué obra la que va usted á darnos! ¡Qué portento! Pero, hay nubes, y ese es el motivo porque me he apresurado á venir.

EUG. ¿Que hay nubes?

MAR. Mister Beeders, ese perseguidor, tiene escrito, y á punto de ser publicado en Londres, un libro sobre el mismo asunto que el de usted.

EUG. ¿Es posible?

MAR. Auténtico. Excuso decir qué satisfacción le habrá causado la coincidencia. El hombre se vé muerto, porque usted le aplasta. ¿Qué caso vamos á hacerle los sabios, después de asombrarnos con usted?

ANG. Pues á mi marido, ya le oí hablar algo de eso.

EUG. Ahora me explico la rara proposición que me ha hecho esta madrugada.

MAR. ¿Cuando se quedó hablando con usted?

EUG. Obstinado en que había de llevarse á Inglaterra mi manuscristo.

MAR. De ningún modo.

EUG. ¡Ya lo creo! ¡Que publique él su trabajo y veremos para quién es la gloria!

MAR. Y notifico á usted también que continúa en sus trece respecto del libro robado. Dice que ya ha descubierto el rastro, y que no habrá quien le impida la adquisición. No suelte usted el ejemplar.

EUG. Allí le tengo.

MAR. ¿Y se afirmó usted en que es el de su pertenencia? ¿Lo ha examinado?...

EUG. No he tenido cabeza más que para mis correcciones: pero, es indudable; ya vió usted la etiqueta del lomo. Y en cuanto á otras señales que tiene por dentro, ahora las vamos á ver. (Se dirige á la mesa escritorio. Voces dentro.)

ANG. ¿Qué pasa allá fuera?

EUG. ¡El de Calahorra, otra vez!

ESCENA XI

DICHOS. JUAN LÓPEZ y VALENTÍN por el fondo

JUAN. ¡Aunque se me ponga delante una batería!... (Atropellando á Valentín. Muy acalorado.)

ANG. ¡Y viene hecho una furia!

EUG. Pero, hombre; ¿no dejará usted mi casa en paz?

JUAN No, señor. Vengo por mi libro. ¿Lo entiende usted? Y no me marcho sin mi libro. ¡Ya sé ahora lo que hay! Antes no lo sabía. Y por más doctor que usted sea, á mí no me la juega usted de puño...

EUG. ¡Despacio, despacio!

JUAN Y esta casa es una cueva, aunque está alfombrada...

ANG. ¡Joven, por Dios, no hable usted tan gordo!

JUAN ¿Que no hable? ¡Venga mi libro!

MAR. ¿Es decir que ya está usted enterado...?

JUAN De que el señor intenta quitármelo. Y el libro es mío y muy mío... Vamos, y de mis dos parientes. Y yo lo traje aquí por la cara del señor de Lozano, el cual me dijo que era usted persona de fiar; y ahora salirme con esa...

EUG. Bueno; pues, yo quería retardar el momento de esta discusión enojosa, pero ya que viene usted impuesto... Sí, señor; ese ejemplar fué robado de mi biblioteca. Vuelve á mis manos y lo reivindico.

JUAN No, señor, no, señor... Ese era de mi tío el canónigo.

EUG. El canónigo lo adquirió de procedencia ile

gítima. No hay más que dos ejemplares de esos en el mundo...

MAR. El otro está en Escocia.

EUG. Conque...

JUAN Pues para mí no hay más que uno, que es el que yo traje. Y me lo va usted á dar más pronto que la vista, ó no respeto el lugar... porque ya estoy viendo chiribitas...

MAR. ¡Cuidado, mozo, cuidado!...

ANG. ¡Que no está usted en la huerta cogiendo morrones!

JUAN Bueno, bueno; tienen ustedes razón, que esta no es crianza. Pero es que vine desbocado...

ANG. Pues... póngase usted al paso.

EUG. Si usted se apacigua y quiere oirme, yo le demostraré...

JUAN Mire usted, señor: ese libro no es el que usted piensa; ese es el nuestro, y puedo probárselo á usted y al Juez, si ello es preciso, y á todo el mundo. Saque el libro y vaya viendo si tiene todas las señas que yo le doy.

MAR. (¡No, doctor, que no le vea!) (A Eugenio.)

EUG. ¡Qué señas, ni qué señas!...

JUAN Estos señores sean testigos. A ver si en la primera plana no tiene una mancha amarilla de media cuarta en redondo, como de humedad.

EUG. ¡Ya se vé que la tiene!

ANG. ¡Todos esos libros padecen de reuma!

JUAN Y, á ver, si luego, cuatro ó cinco páginas más adentro, donde hay una danza de figurillas, no tiene el papel una roedura, y después otras.

EUG. También.

ANG. De los ratones, que son los únicos que estudian en esos libracos.

JUAN Y, á ver si hacia la mitad del tomo, no se encuentra un papel... que no pertenece á la obra, supongo yo... Una esquelita suelta que todavía huele.

EUG. Alguna señal.

JUAN Ya, ya... Pero, ¿qué señal es esa? ¿Qué escritura tiene el papel?... ¿Usted no lo sabe?

Pues yo se lo digo. Es una carta... vamos, un escrito amoroso.

ANG. ¡Ah! ¿Sí?

MAR. ¡Eso es curiosísimo!

JUAN Y la letra de mujer.

ANG. Conque... ¿de mujer?

JUAN A lo que parece. ¡Que se vea si está esa carta! En el de usted no estaría.

EUG. Verdad que no estaba, pero, cualquiera puede haberla puesto. En fin, que la prueba no es convincente, amigo mío.

MAR. ¡Qué ha de ser!

EUG. En cambio, yo voy á persuadirle con otras señas. (Abre el pupitre en donde estaba el libro. Con sorpresa ve que éste no está; queda un segundo absorto, disimula y vuelve á cerrar lentamente el pupitre.)

JUAN A mí no me persuade usted de nada. (Dirigiéndose á los otros.) Ustedes han oído cuanto acabo de decir y á su testimonio me encomiendo si fuese menester. A ver si en los pelos y señales que acabo de expresar puede haber algo de mentira.

EUG. (¡Me han sustraído el libro! ¿Y quién ha entrado aquí? ¡Mi mujer solamente! ¡Ella es quien lo ha sacado!... Pero, ¿por qué con misterio? ¿Por qué aprovechando un instante que me he dormido? ¡Eulalia con acecho y cautelas!... ¡Por esa carta, quizás!... ¿Qué es esto?)

ANG. ¿Y de mujer dice usted que es el billete?

JUAN Según la letra... Y si me esfuerzo en hacer memoria...

EUG. (Levantándose é interponiéndose) ¡Es inútil! ¡No hace falta ese esfuerzo para nada!

JUAN Es una despedida...

EUG. ¡Eh!... ¿Qué significa lo que sea?

ANG. ¿Y, tiene firma, tiene firma?

EUG. ¡Tampoco importa!

JUAN No, señora. Se conoce que eran unos amores secretos.

MAR. Amores secretos de alguna princesa antigua.

JUAN O de alguna bibliotecaria.

ANG. Antigua.

MAR. ¡Oh, qué curiosidad! Le compro á usted ese

documento, joven... Y, ¿dice usted que huele...? ¡Trapicheo del siglo diez y seis... ó del diez y siete... ó del diez y ocho!...

ANG. ¡O del diez y nueve! Ya no puede usted correrse más acá. (A Juan.) ¿Y no podría usted repetir el contenido?

EUG. ¡Chito, chito! No tiene usted por qué cansarse. (Afectuoso, cogiendo de la mano á Juan.) Si ese libro á la postre no fuese el mío... ¡qué diantre! yo lo adquiriré.

JUAN ¡Quiá, no, señor! ¡Si tengo yo un inglés que me paga el doble de lo que me ofrezca cualquiera!

EUG. En fin, no rehuyo las explicaciones, y veremos, veremos...

JUAN ¡Gracias á Dios!

EUG. Siéntese usted aquí, y en cuanto me desocupe...(Le ofrece silla, en la que se sienta Juan.)

JUAN Por aguardar... ¡todo lo que á usted convenga!

EUG. Pues, concédame usted un rato, y no se impaciente aunque tarde.

JUAN ¡Mientras me vaya con el libro!

EUG. (A los otros.) Ustedes me dispensen... Tengo muchísimo que hacer. (Se sienta á escribir.)

ANG. Yo dejo á usted; voy á almorzar con la marquesa.

MAR. Tome usted mi coche.

ANG. ¡Muchas gracias!

MAR. ¡Voy en seguida á sentarme á la mesa con ustedes!

ANG. No falte usted, porque hay asuntos de que tratar. (Al Marqués.)

MAR. ¿Y qué será ello? (Á Ángeles.)

ANG. Ya verá usted; cosas sabrosas y de mucho cuidado. (Vase.)

MAR. Joven; que ese autógrafo ya me pertenece. ¡Qué descubrimiento! Iré á la fonda á buscar á usted. (Vase.)

ESCENA XII

JUAN LÓPEZ y DON EUGENIO

EUG. ¡Pero, hombre de Dios, usted está en el limbo!

JUAN ¿Por qué? (Levantándose.)

EUG. ¡Divulgando en presencia de esa gente los puntos y comas de su libro!

JUAN ¿He hecho mal?

EUG. ¿Quiere usted que se presente un tercero á disputársele?

JUAN ¿Otro todavía?

EUG. Yo soy el único á quien debe usted convencer; ¡yo solo!

JUAN Sí, señor, sí.

EUG. Vamos á ver. Decía usted... que una carta.

JUAN Hacia la mitad del tomo; allí metida.

EUG. ¿Amorosa, verdad?

JUAN Sí, señor; amorosa.

EUG. ¿De una dama?

JUAN Tal se desprende.

EUG. ¿Y á un... á un amante?...

JUAN Es de suponer. A un marido no se le escribe de ese modo.

EUG. A un amante. Y el billete está dentro de su sobre...

JUAN No, señor. Ahí tiene usted otra seña. Está abierto.

EUG. Abierto, ¿eh? De manera que... ¡Abierto!... Dijo usted que sin... firma...

JUAN Precisamente.

EUG. Eso es; sin firma. Pero, en el escrito... ya en el texto de la carta... se leerá algún nombre... ¡Esta sí que sería una gran prueba!...

JUAN Se lee... se lee... (Parándose á recordar.) ¿Sabe usted que no lo he retenido?

EUG. Dijo usted que si hacía memoria...

JUAN Ya, pero el nombre justamente... (Recordando.) ¡Diablo! Como leí sin sospechar que había de ser preciso... Nada, ¡que no se me clavó!

EUG. ¡Qué mala retentiva!

JUAN Pero, ya digo á usted cuál es el sentido. Puede cerciorarse.

EUG. A ver, á ver...

JUAN Pues, ya lo oyó usted. Una despedida.. Que ella se va... que estarán muchos días sin verse... que por Dios no vaya él... que podría descubrirse todo si se le veía... Calle usted... ¡Ah! ¡Ese nombre sí que lo recuerdo! El del lugar á donde se marchaba la señora.

EUG. ¿El del lugar?

JUAN Puede usted verlo. El Escorial.

EUG. (¡Dios me valga!)

JUAN ¿Piensa usted que le engaño?

EUG. No, no... Si es que me voy convenciendo... Conque... ¡El Escorial!

JUAN Así lo verá usted escrito.

EUG. (Abstraído.) ¡El Escorial!

JUAN Me parece que ya puede usted darse por rendido.

EUG. Joven; evidentemente, el ejemplar que usted trajo no es el mío.

JUAN Alabado sea el señor.

EUG. Yo se lo devuelvo, ¿oye usted? Se lo devuelvo; puede usted ya decirlo por ahí. ¡Dígalo, dígalo! Se lo devuelvo, porque no es el mío, sencillamente por eso. Lo que no debe usted pregonar son las señas, ¿eh? ¿A qué objeto? Ya me las ha dado usted á mí y usted no conoce á los bibliófilos: le armarían algún enredo. Esta tarde venga por su incunable. Quiero tomar de él algunas notas. Es un ejemplar desconocido...

JUAN ¿Y no podría ser ahora?

EUG. Es cosa de algún detenimiento; pero se lo entrego á usted sin falta; palabra de honor.

JUAN Bien; para que vea usted que no soy exigente.

EUG. Se lo entrego á usted. Usted lo vende, y en seguida al pueblo, á su fabricación de conservas. Eso es.

JUAN A las cuatro estoy de vuelta.

EUG. Vaya sin recelo. (Deteniéndole.) Pero, ese nombre... el de la persona á quien iba la carta...

JUAN (Recordando.) ¡Nada, que no lo retuve!
EUG. No consigue usted...
JUAN Que no lo retuve... ¡Hasta las cuatro!
EUG. Vaya usted con Dios. (Vase Juan.)

ESCENA XIII

DON EUGENIO, á poco EULALIA. Don Eugenio, presa de extraordinaria agitación, da unos pasos por la escena; se llega á la mesa, abre el pupitre en donde estuvo el libro y lo contempla abierto y vacío; recorre la escena con mirada extraviada; llévase las manos al rostro; hace un esfuerzo, se repone, va á la puerta de la izquierda y llama con voz entera

EUG. ¡Eulalia!...
EUL. ¿Me llamas?
EUG. Ven. (La conduee de la mano junto á la mesa y le muestra el pupitre abierto.) Tú has sustraído el libro. En él había una carta. Esa carta era tuya...
EUL. ¡Eugenio! (Aterrada.)
EUG. ¡Tú me has engañado!
EUL. ¡Oh! ¡Piedad!... (Retrocede temblando, sin aliento, con la cabeza humillada.)
EUG. ¡Me ha vendido esta mujer! Me has engañado, Eulalia... ¿Y por qué? dímelo; habla. ¿No te he querido bastante? Insultaba á la tierra con mi felicidad, porque te tenía á mi lado. Mi ciencia me envanecía porque creí que tú la admirabas. Mi pensamiento era un esclavo siempre en labor ardorosa para producir maravillas... ¡Quería morir á tus pies escuchando aplausos! Y todo era mentira... ¡mentira!... ¡ingrata!... ¡ingrata!...
EUL. ¡Sí! ¡Castígame! Soy una infame.
EUG. ¡Pobre hombre! ¡Pobre viejo!... ¡Todo perdido! Ya no hay nada... nada... ¡nada! Extinguido el aliento, despoblado el mundo, la noche negra para toda mi vida. Esa es la obra de esta débil criatura. Esas manos débiles y delicadas son las que derruyen mi palacio.
EUL. ¡Eugenio! ¡Eugenio!
EUG. ¡Ah! ¿Lloras tú? Pues yo no lloro. Mírame;

no lloro. Eso. . ¡eso luego! Ahora, he de castigar... como tu decías... Vamos á ver. (Eulalia retrocede un paso.) ¿Me tienes miedo?... No; no lo tengas. Esa hermosura tuya, que yo he contemplado tanto, no la voy á lastimar. A tí, no. ¡Sí, es á él; al que te me roba, á quien yo he de acometer!

EUL. ¡Oh, no, no! Eugenio, eso no. (Con espanto.)

EUG. ¡Ah! ¡Si le busco; si le castigo; si le mato! Vosotros no esperaríais esto. El anciano crédulo, inocente, ridículo enamorado, ¿qué había de hacer más que llorar? Ahora ha de verse... Ahora ha de verse si este viejo escarnecido tiene fuerza, y corazón y pulso. Ese hombre, ¿quién es? ¿Dónde está? Dímelo.

EUL. Jamás.

EUG. Dímelo; porque á ese galán, á ese barbilindo, he de traerle á que le veas temblar delante de mí. Dime su nombre.

EUL. No he de decirlo. Haz de mí lo que quieras; he delinquido, lo merezco. Pero, ponerte frente á frente de otro hombre... ¡á tí, Eugenio! Un arma en tus manos... ¡Eso, nunca! No soy tan cínica. No soy aún tan criminal.

EUG. En el libro está la carta, y en la carta leeré ese nombre.

EUL. El libro está en mi poder, y la carta... la he destruído.

EUG. Pues... quiero conocer á ese hombre. Yo le perseguiré.

EUL. ¿Y el escándalo, Eugenio? ¿No piensas en el escándalo?

EUG. ¡Eso! ¡Si lo busco! ¡Si me lo propongo! Si estos delitos se castigan así... con la vergüenza, á grito de pregón.

EUL. Más bajo... Los criados...

EUG. Sí, sí. Los criados, los amigos, todo el mundo... Esa es la pena y ese es el desagravio. Que se vuelvan todos al choque de la bofetada; que acudan al sonar del tiro... Para eso quiero hallar al miserable. Revélame quién es. Te lo exijo.

EUL. ¡No; no mil veces!

EUG. ¡Eulalia!

ESCENA XIV

DICHOS, VALENTÍN, por el foro, apareciendo medrosamente, y quedándose parado en el saloncillo

EUL. ¡El criado! (Bajo á Eugenio.)
EUG. ¿A qué vienes tú aquí? (Conteniéndose.)
VAL. (Turbado.) Pensé que al señor se le ofrecía alguna cosa.
EUG. Nada se me ofrece. Si no te he llamado... Estoy aquí en conversación con la señora...
VAL. Perdón.
EUG. Puedes volverte. (Vase Valentín.)

ESCENA XV

DON EUGENIO y EULALIA

EUG. (Acercándose á Eulalia y moderando la voz.) Está bien. Oculta tú al villano, al cobarde. Ampárale, pero no le salvas, porque le hallaré. Yo tengo mis astucias. Ahora el castigo tuyo.
EUL. Dispón de mí.
EUG. Te arrojo de mi casa; vuelves al convento de donde te saqué. Allí vivirás reclusa. Y vas á salir hoy; ahora mismo, á la luz del día, y descubierta la faz.
EUL. Te obedezco. (Dando un paso hacia la puerta izquierda.)
EUG. Aguarda. Irás conmigo. Vé y disponte. Yo, aquí te espero.
EUL. ¡Ay! (Dejándose caer en un sillón.)
EUG. ¿Te pones mala?... (Acercándose.)
EUL. No, ya no. (Levantándose.)
EUG. Espera. Voy á llamar. ¡Andrea!... (A la puerta de la izqdierda.)

ESCENA XVI

DICHOS y ANDREA. Aparece detrás de la colgadura al levantarla Eugenio

EUG. ¿Estabas ahí?
AND. Llegaba en este momento.
EUG. No pasa nada. La señora que va á vestirse.
EUL. Vamos allá.
EUG. (Afectando calma y sentándose cerca de la mesa.) Te aguardo para que salgamos juntos. ¿Has oído, Eulalia? Que aquí te aguardo.
(Vanse Eulalia y Andrea.)

ESCENA XVII

DON EUGENIO

¡Vá anonadada! ¡El escándalo la asusta! Sí, sí. Con razón. ¡Como que es un duro castigo! El único; lo que digo yo. Y es joven, y esa expiación será muy larga; justa, rigurosa, terrible. Digna del mal que ha hecho. Pero... vamos á ver, doctor; aquí estás sólo con tu pensamiento. Busca tu juicio eclipsado entre las nieblas de tanto infortunio. Te has indignado, has enloquecido de dolor y de coraje. ¡Tú! Tú ardías hace un momento en ira, y ahora... ¿qué te sucede? El escándalo, tu arma, tu justicia, ha asomado por aquella puerta, y has retrocedido, y te ha acorralado, y estás en este rincón discurriendo y hablándote en voz baja. Querías salir á la calle á gritar, y no te atreves á murmurar en tu casa. ¿Ya no hay fuego en tí? ¿Ya no sientes la ofensa?... ¡Ah! ¡Cómo te equivocabas tú, viejo candoroso, juez implacable, con tus ideas rigoristas!... Esos en que hay condena y suplicio, no son los dramas del amor. Son los de la cólera. El amor no hiere. ¿Porque es cobarde? No; porque es amor. ¡Co-

barde! ¿Dónde había de estar el miedo? Pero, es que lo único que todavía me importa es ella. ¡Sí! Eso es lo que hay aquí dentro. Confiésatelo, pobre viejo enamorado; á pesar de todo, no se extingue, no, el afán de que me vea generoso y bueno, de que se sienta reconocida, de que diga tal vez allá en su conciencia: ¡Cuánto me amaba este pobre hombre! Además, está nuestra hija... ¡Y yo buscaba el drama! ¡Ahí está el drama; en esa lenidad aparente, en ese disfraz con que el amor desamparado cubre el cuerpo y el alma del mismo ser que le ha vendido! El drama está en la comedia; no solamente en el cadaver sangriento, ni en el banquillo del juicio oral. Piensa el mundo—yo también lo pensaba—que en la casa donde no hay castigo ó escándalo, hay tolerancia y vileza... que el silencio es la impunidad... No; el drama también está en lo que la gente no ve ni presume. Está en la quietud sombría del hogar, donde se calla y se finge. ¡Está en esa mujer, todavía adorada, pero á quien ya no puedo volver á besar, porque se ha llevado toda la ilusión y toda la gloria de la vida!... (Sepulta la frente entre sus manos y llora silenciosamente.)

ESCENA XVIII

DON EUGENIO, VALENTIN, por el fondo con una tarjeta

EUG. ¿Eh?... ¿Qué hay? ¿Qué es eso?

VAL. No es nada, señor... (Acercándose á dejar la tarjeta.) Un sujeto que ha estado aguardando á don Germán, y viendo que tardaba en volver, ha dejado para él esta tarjeta.

EUG. Déjala en su pupitre... ¿Venía por don Germán?

VAL. Sí, señor. Creo que es el librero de la calle de Jacometrezo.

EUG. ¿El librero?

VAL. Ha escrito unas palabras.

EUG. ¿A ver? (Valentín le dá la tarjeta, que él lée con rapidez, disimulando) Está bien; ahí la encontrará. (Deja la tarjeta. Vase Valentín. Sale Eulalia.)

ESCENA XIX

DON EUGENIO, EULALIA

EUL. Me tienes pronta; dispón de mí.

EUG. Aguarda. Te he dicho que verías temblar delante de mí al canalla que me ha ultrajado, y creo que ahora mismo va á suceder.

EUL. ¿Qué dices?

EUG. Creo que voy á descubrir el nombre que has querido ocultarme.

EUL. Te engañará tu sospecha.

EUG. ¿Sabes quién fué anoche (Cogiendo la tarjeta.) en persecución del libro robado? ¿Sabes quién se anticipó á mis pesquisas y conocía la desaparición del ejemplar, antes que yo mismo la observase?

EUL. ¡Oh! Eugenio... ¿Qué es lo que piensas? Vas á engañarte... Detente.

EUG. Todo lo quiero saber. (Toca un botón.)

ESCENA XX

DICHOS, VALENTÍN, luego GERMAN

EUG. Vete en busca de don Germán.

EUL. (¡Madre mía de mi alma!)

EUG. Debe estar en la Academia, en el archivo. Que venga sin tardanza; que aquí le aguardo. (Vase Valentín.) ¿Era él, verdad?

EUL. No. ¡Por compasión!... Yo te juro que no era él...

VAL. Ahí llega precisamente don Germán. (Volviendo á aparecer.)

EUG. ¡Silencio! Ahora voy á averiguar si has jurado en falso.

GER. (Entrando.) Ya traigo la fecha tan codiciada. (Se dirige á la mesa.)

EUG. ¿La poseémos ya?... Muy bien... Pues entonces... (Se reprime. Conduce á Eulalia, hasta la puerta de la izquierda, la hace salir, se vuelve, duda, con la tarjeta en la mano.) (¿Y si vendo mi secreto?... ¿Y si en lugar de sorprender al culpable, entero á un testigo?... Esta no es una prueba... Es un indicio. Despacio.) (A Germán.) ¡Vamos á trabajar! (Germán se sienta.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

GERMÁN, DON EUGENIO; el primero escribe sentado á la mesa-escritorio, dando la espalda al centro del salón. Don Eugenio pasea, se sienta, se levanta, etc., revelando en todo su inquietud mal reprimida

EUG. ¿Está eso?

GER. Sí, señor. (Volviéndose.) Que ya está.

EUG. ¡Bueno! Déjeme usted discurrir. Escribe usted hoy tan despacio, que se me huyen las ideas. Aguarde; necesito pensar.

GER. Todo lo que usted guste. (¿Qué irascibilidad es esta? ¿Habrá sospechado?...)

EUG. (Sentándose á la izquierda, lejos de Germán.) (¿Es él? Una hora que le tengo delante de mí; que trituro entre mis labios la provocación... Ciertamente es él... Reuno indicios, despierto memorias... Pero, aun puesto el pié en la raya de la evidencia, no quiero pasarla exponiéndome á vender mi secreto. El és quien ha de entregarme el suyo.) (Levantándose resuelto.) Vamos adelante.

GER. Estoy aguardando.

EUG. ¡Estoy aguardando! No se piensa tan de prisa como se escribe.

GER. ¿Pero usted cree que me impaciento?

EUG. No se pone ahí lo que se quiere, como en un romance ó en unas quintillas.

GER. ¡Si tiene usted mucha razón!

EUG. (Acercándose á mirar lo escrito.) Y se ha equivocado usted, amigo mío. Usted perdone, pero se ha equivocado. ¿Por qué subraya usted esto?

GER. ¡Como era una cita! (Germán siempre con moderación.)

EUG. Además, empecé diciendo: renglones cortos. Lo dije bien claro, renglones cortos; y usted nada... Me hace falta margen... margen para las enmiendas.

GER. ¡Eh!... Lo copio otra vez. Al cabo no se pierde mucho.

EUG. El trabajo de una hora.

GER. ¿Qué le hace? (No hay duda; está excitado.)

EUG. Sigamos, si á usted le parece. (Cogiendo una carta de sobre la mesa.) Y esto, ¿qué es? ¡Ah! Las proposiciones de Mister Beeders. ¡Pero, Señor, que me deje en paz este hombre! ¡Dale con su tema, que he de venderle mi manuscrito! ¡No, no! ¡Si le he dicho que no!

GER. Y él no se desengaña.

EUG. Es perseverante y frío, como buen sajón. Pues para un sajón, un moro... yo, que lo soy de raza, que debo de tener sangre de las Usras: aquellos que cantaba Assid...

GER. ¡Nuestro bravo poeta!

EUG. Usted le traduce muy bien. (Herido de una idea.)

GER. Muchas gracias; pero no es cosa...

EUG. Se identifica usted con su expresión, con su arrebato. También yo... vea usted... sin ser poeta, también yo, con mi cabeza nevada... Y es que tengo el corazón entero, lozano, poderoso, tanto como usted, á sus treinta años. Y lo vamos á ver: me pongo en seguida á prueba.

GER. No necesita usted convencerme de su talento.

EUG. Nada; certamen poético, justa de amor... Pero falta aquí la reina del torneo: nuestra Clemencia Isaura. Es preciso que acuda. (Llegándose á la puerta.) ¡Eulalia! Ya viene.

ESCENA II

DICHOS, EULALIA

EUL. ¿Qué quieres?

EUG. (Colocándose de modo que no se crucen las miradas de Eulalia y Germán.) Ven acá, hija mía. Siéntate aquí, en tu sitio. Yo no acierto á trabajar cuando tú estás ausente de mi lado. Ocupa tu trono. (Eulalia se deja caer en una silla, á la izquierda.)

GER. (¿Qué es lo que medita?)

EUG. Trátase ahora de una porfía en que yo he dado. Me pongo en competencia con este vate. Calcula si me era indispensable el auxilio de tu inspiración. Hablábamos del poeta Assid... ya sabes... y de que también hay aquí llama y latido para traducirle.

EUL. ¿Y quién duda que así sea?

EUG. No; si lo quiero demostrar. Ayer leía uno de los cantos originales del poeta moro, y me decido á que figure en mi *Reconstrucción* al lado de los demás.

GER. Perfectamente.

EUG. Sólo que ese, ya digo, lo traduzco yo. ¡Ah, es una poesía soberbia!

EUL. (¡Temblando estoy!)

EUG. (Cogiendo un libro de impresión árabe, cubiertas de pergamino, que estaba sobre la mesa del centro.) Este es el libro. Vas á oir. (A Germán.) Para que se persuada usted de lo que le decía.

GER. ¡Oh, si lo reconozco de antemano! ¿Escribo?

EUG. Esta es. (Sentándose en el centro, y después de hojear.) Sí, señor. Atienda y escriba. (Dictando como traduciendo, y con intención.) «Tú choza ha »sido allanada, y tus amores escarnecidos.» (Germán se vuelve vivamente á mirar á don Eugenio; éste no separa la vista del libro.)

EUL. (Bajo á don Eugenio, llena de angustia.) ¡Por piedad, Eugenio!

EUG. Vas á ver... (A Eulalia.) Vas á ver. (Dictando.) «El leño de tu puerta, y el ámbito de tus »brazos, en hora mala se abrieron para re-

»cibir al huesped; aquel que bebió el agua »limpia y fresca de tus ánforas regaladas.» (Germán atiende ansioso, vuelto ya de cara á don Eugenio. Eulalia le mira fijamente, queriéndole contener.) «Le viste, que entraba sonriéndote, y »tu estancia se perfumó con el aire de sus »vestiduras. Pero en la mente traía el en»gaño; y él fué quien puso la mancha de »negra endrina sobre las rosas y azucenas »con que ceñías los cabellos de tu amada.» (Con exaltación.) «Abre otra vez tu puerta, y »arrójale al desierto, llamándole ladrón y »mal nacido...»

GER. ¡Qué, señor! (Acercándose á don Eugenio, sin poderse contener.)

EUG. Eso, eso, traduzco bien. (Mirando á Germán con aire de reto.)

EUL. ¡Es lo que dice la poesía!

EUG. (Dando palmadas en la página.) «Llamándole la»drón y mal nacido» (Continúa leyendo.) «Y dile, »que el corazón huelga en su pecho, como el »libro del Korán en la vivienda del ateo...» (Interrumpiéndose.) ¡Estas son voces del alma, palabras de justicia!

EUL. (¡Ampáranos, Dios mío!)

EUG. (Continuando.) «Mas escucha la advertencia de »tu amigo, este viejo creyente...» (Se detiene.)

EUL. ¿Qué?

EUG. A esto no había yo llegado. (Prosigue, bajando poco á poco la voz, hasta acabar leyendo para sí.) «Mas escucha la voz de tu amigo, este viejo »creyente, y cuando tomes venganza no re»luzca al sol tu hoja damasquina, y caiga tu »ofensor en sitio de tierra arcillosa que sorba »la huella y borre vestigio. De otra suerte, »por tí mismo publicarías tu ultraje, y el ras»tro sangriento mostraría á la plebe el cami»no por donde se va á la casa del hombre en»gañado y de la mujer impura.» (Absorto, hablando para sí.) (Sí, sí... Tiene razón el poeta. Eso es lo que yo debería hacer. Pero, ¿cómo se consigue eso?)

GER. (¡Lo sabe!...) (Piensa, vacila, se resuelve.) Pues, bien... Oigame usted, don Eugenio...

EUG. (Saliendo de su abstracción.) ¿Qué? ¿Qué es lo que usted quiere que le oiga?... (Se levanta y se dirige al encuentro de Germán.) Va usted á decirme...

GER. Oigame usted...

EUG. (Conteniéndole.) ¡Aguarde, aguarde... que aquí ya escucha y atisba todo el mundo!... (Se dirige á cerrar la mampara del saloncillo; luego cierra la del salón y echa una ojeada por la ventana, registrando el jardín. Entretanto Germán y Eulalia, sin moverse del sitio y actitud en que han quedado, él de pie, ella sentada, sostienen á media voz el rápido diálogo que sigue, evitando todo movimiento.)

EUL. ¿Qué vas á hacer? ¡Habrá un duelo entre los dos!

GER. ¿Cómo evitarlo ya?

ELU. ¡Huye! ¡Si os batís, me daré la muerte para no verlo!

GER. ¡Eulalia!...

EUL. ¡Te lo juro!

GER. No me batiré.

EUG. (Volviendo al proscenio.) Ahora (A Eulalia.) déjanos solos.

EUL. ¿No es este mi sitio?

EUG. ¡Obedéceme! (Vase Eulalia por la izquierda.)

ESCENA III

GERMAN y DON EUGENIO

EUG. ¿Qué es lo que iba usted á decirme?

GER. Don Eugenio...

EUG. Sin vacilaciones.

GER. No se me oculta el desabrimiento con que usted ha comenzado á tratarme.

EUG. Sí. Adelante.

GER. Con el ardid de esa traducción ha querido usted poner en evidencia mi ineptitud al lado de su superioridad.

EUG. ¡Qué! No ha sido eso.

GER. Ayer descubrió usted la falta de uno de sus ejemplares preciosos...

EUG. En cuya busca salió usted antes que yo publicara esa falta.

GER. Justamente, eso es. En cuestión de tales hurtos puede sospecharse de cualquiera... La pasión por la ciencia los inspira, y aun los excusa... Y creo que ha sospechado usted de mí...

EUG. ¿De qué me está usted hablando?

GER. Decido separarme del lado de usted. Y esto es lo que quería decirle.

EUG. ¡Eso!...

GER. Sí, señor. Desde ahora abandono mi plaza de secretario.

EUG. ¿Y era eso...?

GER. Pues, ¿qué más?

EUG. ¿Qué más? Hace un momento se hallaba usted exaltado...

GER. Es verdad. Me exalté ... Acababa de sentir la repulsa.

EUG. ¿Y, eso es todo?

GER. Todo.

EUG. No mienta usted.

GER. ¿Yo?... No, no miento. (Reprimiéndose.)

EUG. Si de alguna culpa iba usted á acusarse, no retroceda... Aquel era el impulso honrado... Tenga usted valor, que al reo le envilece tanto el delito, como el miedo conque después lo esconde... ¿No es usted un reo que tiembla?

GER. ¿Me tiene usted por un cobarde?

EUG. Pues, bien... Sí.

GER. ¡Oh... don Eugenio!...

EUG. ¡Hable, hable! ¡Ahora vuelve usted á sentir el impulso honrado!

GER. (Moderando el tono.) Es que me ha llamado usted cobarde, y... Pero no tengo nada más que decir.

EUG. Yo presumo que tiene usted alguna injuria de que darme cuenta. Tanto lo creo, que... ya lo ve usted... no vacilo en salirle al paso.

GER. ¡Injuria! Ha interpretado usted mal mi tono y mi calor. No hay más, sino que me despido. Nada más.

EUG. Es que si no fuese miedo, podría ser lástima...

GER. ¿De quién?...

EUG. (Vivamente.) De mí; de este viejo. Y en ese caso... Yo no exploto mi vejez para pedir misericordia. Al contrario, si tuviera usted que saldar conmigo algún asunto... yo no impondría más que una condición, una sola; las demás usted; yo, una sola; que no tuviéramos testigos.

GER. ¿Testigos? ¿Qué dice usted? Le juro que me asombra, don Eugenio.

EUG. Yo también estoy asombrado.

GER. ¿Ha concebido usted que pudiera haber ocasión de un duelo entre los dos? Eso nunca, en ningún caso.

EUG. ¿Y por qué no? ¿Por estas canas? ¿Por estos años? No haya escrúpulo; contra todo el que me agravia tengo aliento. Y si ese fuera... Calcule usted... Si se tratase de un hombre cuyo primer movimiento hubiese sido embozarse en la ficción... Un adversario prudente, cauto... Un delincuente huído...

GER. ¡Por favor, don Eugenio!

EUG. Lo supongo. Enmiéndeme usted.

GER. (Ciego de arrebato.) No puedo ya...

EUG. Prosiga.

GER. No puedo ya... (Cambiando de tono.) sufrir que se prolongue esta escena. Déjeme usted marchar; yo no soy ese hombre que teme. Mi vehemencia de un instante ha despertado en usted una sospecha que no comprendo. Adiós. Déjeme usted que salga de su casa. (Se dirige á la puerta del fondo.)

EUG. ¿No es usted ese hombre? (Siguiéndole; acentuando más sus palabras.)

GER. No. (Deteniéndose.)

EUG. ¿No es usted el agresor que se acurruca en la sombra... que niega atribulado... que busca una coartada?

GER. ¡Oh! Basta... (Volviendo á avanzar.) Me sobra ánimo y esfuerzo... (Se domina nuevamente.) Me sobran, para arrostrar mil castigos, si mil culpas cometiere. Usted no sospecha el rigor de los suplicios que mi fortaleza puede soportar. Pero, de usted, yo no he de recibir castigo ninguno.

EUG. ¿Es así? (Después de una pausa; con ironía.)

GER. Es así.

EUG. Entonces, no hay razón para que nuestra amistad se quebrante. Déme usted la mano. (Tomándole la mano y estrechándosela.) Así; míreme usted sin recelo, y siga mereciendo mi protección y mi confianza. Aquí se queda usted conmigo, ¿no es eso? Le aguardo esta noche, mañana, siempre.

GER. Ya tenía yo decidido...

EUG. ¿Volvemos á las andadas?

GER. ¡No!

EUG. Pues, hasta luego. (Estrechándole otra vez la mano.)

GER. Adiós. (Vase.)

EUG. ¡Ah!... Tú hablarás... (Desde la puerta del fondo, siguiéndole con la mirada.)

ESCENA IV

DON EUGENIO y EULALIA, por la izquierda

EUL. ¡Eugenio!

EUG. (Volviéndose á ella.) O hablarás tú. Porque necesito la evidencia. Díme que ese es el hombre que persigo.

EUL. No lo es.

EUG. ¿Le temes al escándalo?

EUL. Ya no cierra mis labios otro respeto que el tuyo; te lo juro por el nombre de Dios.

EUG. Pues, bien; por ese respeto mío, habla. Yo procederé con sigilo; te lo ofrezco. No habrá quién sospeche qué culpa es la que castigo. Esas mujeres que nos espían, no verán nada. La afrenta no caerá sobre tí; pienso en nuestra hija. ¡Ah! ¡Pues, si no fuera por nuestra hija! ¿Por qué ha de pagar aquella criatura inocente mis desdichas y tus delitos? No obstante, ya ves, aunque sea en la sombra, hay que hacer justicia.

EUL. ¿Justicia? Esa, Eugenio, ya está hecha.

EUG. ¿Te propones dejarme en esta quietud cobarde, en esta perplejidad ridícula, en esta

ignorancia grotesca? No será. Devuélveme el libro que me quitaste. Hé de restituirlo. ¿Dónde lo tienes?

EUL. Si es que yo... Yo no le tengo.

EUG. ¿Cómo?

EUL. Que me es imposible complacerte.

EUG. ¿Sigues ocultándolo? Ahora, ya, ¿por qué razón? Dame ese ejemplar, Eulalia.

EUL. Está lejos de aquí.

EUG. No, no está lejos. Está en casa y en esta pieza. No pudiste apoderarte de la prueba que te perdía. Aprovechaste un minuto que el sueño me venció; desperté y tú aún te hallabas aquí, y el libro ya no estaba en tus manos. Muéstrame dónde lo ocultáste.

EUL. Eso fuera conducirte al lance fatal. ¡No he de decírtelo!

EUG. ¡Obedéceme, Eulalia!

EUL. ¡Dios me dé valor para desobedecerte! ¡El me lo perdona!

EUG. ¿No ves que puedo obligarte?

EUL. Todo he de sufrirlo.

EUG. (Airado.) Es que te obligaré. (La coge por un brazo, la suelta en seguida; retrocede.) Mira... mira... Ya iba á violentarte... Ya alzaba mi mano... ¡Ya perdía la razón! No me traigas á esa vergüenza y á esa amargura. Atiéndeme, Eulalia, haz lo que te mando... ¿Callas aún? ¡Yo encontraré ese libro! Hundiré estos estantes, arruinaré mi biblioteca. (Dirigiéndose á un armario saca libros, los revuelve, los tira.) ¿Está aquí? (Yendo á otros armarios.) ¿Dónde?... ¿Dónde?... (Se dirige al estante donde Eulalia puso el libro.

EUL. (¡Oh, Dios eterno!) (Corriendo á interponerse.)

EUG. ¡Ah! ¡Tu mirada me ha guiado! Tiemblas cuando me llego aquí. Aquí está mi presa. (Quita libros del estante, busca con avidez. Despues de arrojar algunos al suelo, aparece el incunable. Eugenio le coge.) Mírala, esta es... ¡La poseo ya! ¡Por fin! (Eulalia cae anonadada en un sillón. Eugenio se adelanta con el ejemplar en la mano.) De aquí saldrá la luz, el rayo...

EUL. (Misericordia, Señor... tú me abandonas...)

ESCENA V

DICHOS; EL MARQUÉS por el fondo

MAR. Doctor; ¿ha salido el Doctor? ¡Ah! Está usted con el incunable.

EUG. ¿Qué es eso, Marqués?

MAR. Vienen por el libro.

EUG. ¿Quién viene?

MAR. El escocés. Ese mercachifle de la Rioja se lo ha vendido. Precedo á Mister Beeders sólo de algunos instantes.

EUG. Pues entonces. (Yendo á salir por la izquierda.)

MAR. ¡Ya es tarde! ¡Mírele usted!

ESCENA VI

DICHOS; MISTER BEEDERS por el fondo

MISTER Yo vengo á buscar ese libro. (Entrando y dirigiéndose á Eugenio.)

EUG. Sí, ya sé que es usted su dueño.

MISTER Yo vengo á que usted me lo entregue.

EUG. Sí, señor; sí, señor.

MISTER ¡Oh! en seguida. Usted ha reconocido no ser el suyo...

EUG. ¡No, señor! ¡Qué había de ser! (¡Y está aquí dentro el cartel de mi ignominia!)

MAR. ¿Y el autógrafo que el libro contiene?

MISTER ¡Ah! El autógrafo también es mío: lo he comprado todo.

MAR. Y, ¿se lo lleva usted en seguida?

MISTER Inmediatamente.

MAR. Pero, ¿no me negará usted á lo ménos, el gusto de contemplarle?...

MISTER ¡Ah! eso, no, señor. Ahora vamos á examinarlo...

MAR. ¡Eso! Que pueda yo enterar á mis colegas, repetir por ahí...

MISTER No tengo inconveniente.

EUG. Mister Beeders, una palabra. (Interponiéndose vivamente.)

MISTER Yo estoy atento.

EUG. Este ejemplar no puede salir de mi casa.

MISTER Es mío.

EUG. Ha de quedar en mi poder.

MISTER Imposible, yo me lo llevo.

EUG. No he de consentirlo.

MISTER Lo he pagado, me pertenece. Usted ya sabe...

EUG. Va en ello mi reputación de arqueólogo. Mis amigos me han requerido...

MISTER Imposible absolutamente.

EUG. ¿Cómo, imposible? ¿Cuánto quiere usted por cederme este libro incontinenti?

MISTER Yo no me dedico á ese comercio. Esta joya no tiene precio.

EUG. ¿Que no lo tiene? Oiga usted. ¿Y si yo se lo encontrara?

MISTER Es inútil que usted se lo busque.

EUG. Y si el precio fuese... ¿el manuscrito de mi obra?

MISTER ¿De su grande obra?

EUG. Sí, señor.

MISTER ¡Oh!

MAR. ¡Rasgo admirable! ¡Pero no lo merece, don Eugenio!

EUG. ¿Qué responde usted? (Sin oirle. A Beeders.)

MISTER ¿Todo el original?

EUG. El original, las notas, las traducciones...

MAR. ¡Qué enormidad!... ¡De ningún modo!

MISTER Yo aceptaría inmediatamente.

EUG. ¿Sí? Pues, cerrado queda el trato.

MAR. Nos oponemos.

EUG. Déjeme usted.

MAR. Eulalia, no permita semejante locura.

EUG. Nada; usted, Marqués, sea testigo; doy á Mister Beeders mi *España Arabe* en cambio de este libro viejo. ¿Convenidos? (A Beeders.)

MISTER ¡Oh, sí, señor! Muy convenidos.

EUG. (Yendo á la mesa.) Aquí tiene usted los fajos. (Recoge las cuartillas.)

MISTER Muy bien.

EUG. Faltan las cuartillas que he mandado á la imprenta. Las recogeré. Lo tendrá usted todo. (Poniendo las manos sobre las carpetas que en-

cierran las cuartillas y sobre el fajo de las que estaban sueltas.) (¡La labor de mi vida! ¡Mi testamento! ¡El último sueño de gloria!..) (Empujándolo todo hacia Beeders.) Llévelo usted. (Se aparta de la mesa.)

MAR. ¿Pero tanto valor condede usted á ese libro?

EUG. Tanto valor. (Se sienta ante la mesa del centro, y febrilmente, pudiendo apenas disimular su anhelo, empieza á desatar las badanas del tomo.)

EUL. (¡Lo va á abrir! ¡Ya no hay remedio!) (Mirándole aterrada desde la izquierda.)

EUG. (Aquí está la evidencia.) (Abre el libro y se pone á hojear.)

MAR. Ajá. ¿Vamos á ver el manuscrito?

EUG. Ese lo veremos cuando nos plazca. Ya está en nuestro poder bien seguro. Vaya usted ahora á publicar la reconquista de nuestro incunable.

MAR. Es cierto. Voy en seguida. (Vase.)

ESCENA VII

EUGENIO, EULALIA, MISTER BEEDERS

EUG. (Coge ávidamente la carta y lee.) ¡Ah, por fin! Ahora... (Levantándose.)

EUL. ¿A dónde vas, Eugenio?

EUG. A sorprender al miserable.

MISTER (Que ha estado examinando los papeles de la obra.) ¡Doctor!

EUG. Es cierto. Perdone usted. Recoja su propiedad. Mantengo el trato.

MISTER ¡Oh! Yo necesito que usted me lo ordene, y que recobre las cuartillas de la imprenta, y que me reuna todos los datos.

EUG. Sí, lo haré; mas no en este momenro. Ahora he de volar á otra parte.

MISTER Muy bien. Usted no debe darse prisa. Yo me marcho mañana indispensablemente. Mandará todo á Londres.

EUG. Como usted disponga.

MISTER Pero, no á mi nombre. Yo iré tarde allá. Usted escribirá con esta dirección. (Se sienta y escribe.)

EUG. Póngala usted de prisa. (Me mata la impaciencia.)

EUL. ¡Ten piedad de mí!

EUG. No es hora de piedad. Lo es de castigo.

MISTER Ahí tiene usted, señor. (Dándole el papel que ha escrito.)

EUG. Vaya tranquilo. (Lee.) ¿Qué? ¡Germán de Vivanco!

EUL. ¡Germán!

MISTER ¿Ustedes lo ignoraban? Yo me llevo los papeles y el secretario... toda la secretaría.

EUG. ¿Germán se vá con usted?

MISTER El ha ido al hotel á buscarme. Quería partir de España; volver á Inglaterra, donde se ha educado. Me ha ofrecido sus servicios, me convenían, nos hemos entendido.

EUG. Ese hombre no puede salir de Madrid.

MISTER El estará saliendo en este instante. Me ha puesto la condición de salir hoy mismo.

EUG. ¡Ha huido! (A Eulalia.)

EUL. (¡Ay, Dios se lo tome en cuenta!)

MISTER Así, pues, doctor, la dirección es esa, y adiós. Yo me despido hasta otro viaje.

EUG. Adiós, amigo mío.

MISTER Señora, muchas felicidades.

ESCENA ÚLTIMA

DON EUGENIO, EULALIA

EUG. ¡Ha huido ese miserable!

EUL. Con él huye tu afrenta. El cielo me ha escuchado.

EUG. Sí; no ha habido espectáculo. Hemos burlado al mundo; pero no seques tus lágrimas. Llora, llora, porque el dolor queda aquí, único compañero tuyo y mío. Esas gentes que nos rodean y nos espían, sólo han visto la comedia. El drama no lo sospechan. El drama está aquí, en la quietud sombría del hogar, donde se calla y se finge.

FIN DE LA COMEDIA

consta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tomos, en
38 pesetas.

dia castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.—S
por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—
nada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntim
samente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30**
5 céntimos.

nario de Asonantes y Consonantes, por D. Eduardo Be
parte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntim
a un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19** pese

ca orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.° prolon
24 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provinc
ncuadernación en pasta entera, **2** pesetas.

onario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y
precedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos gr*
—Un tomo en 4.°, **10** pesetas **50** céntimos en rústica, y **12** en pasta

os de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un vol
4 páginas en 4.° prolongado, encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMA
ado, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volumen
CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y condic

ntos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carrac
lumen en 4.° prolongado, con infinidad de grabados intercalados
encuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

nario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo
adernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

nario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De
ño y precio.

uromaquia, de Rafael Guerra (*Guerrita*).—Se publica por cuad
y dos reales, de 32 y 64 páginas respectivamente, con numerosos fot
intercalados en el texto, representando todas las suertes del toreo.

batalla, original de D. Joaquín Dicenta.—Un tomo en 4.°, de 268
pesetas en rústica.

Mecum del estudiante de Derecho, por C. Flavio, abogad
Colegio de Madrid.— Libro de utilidad y necesidad indiscutibles pa
ntes de Derecho. Contiene todas las asignaturas de la carrera, y fácilm
den preparar para los exámenes, no sólo de cada una de ellas, sino p
al tomar el grado de licenciado.—Un tomo en 4.°, de 384 páginas, **7**
rústica y **9** en pasta.

tamento ológrafo, por D. Gabriel Ricardo España, abogado de
legio de Madrid —Un tomo en 4.°, de 256 páginas próximamente. Co
os formularios, notas y casos de la vida, para que cada uno de por sí,
tas, pueda hacer su testamento. Libro de utilidad general y al alcan

ceta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 pá
etas.

Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de
atura en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.° prolongado, **5** pe

equeñeces.....—*El Jesuíta*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.
» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.

osas publicaciones por entregas con magníficas láminas al c
idas por cuadernos semanales.

teca del Renacimiento Literario.—Van publicados *vei*
, á **2** y **3** pesetas uno.

EN PREPARACIÓN